

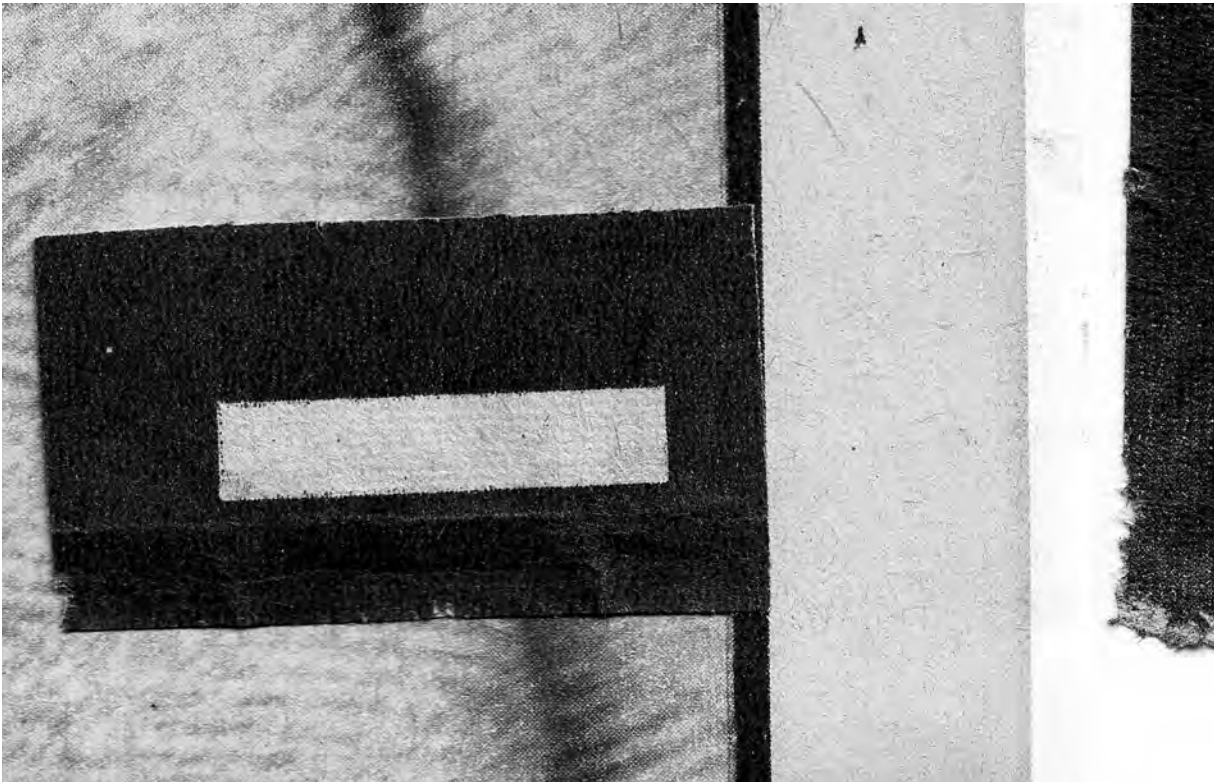


LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO

Navaja

Nicolás Sagredo, Pablo Jara
Zenteno y Jko Contreras
www.navaja.org



Detalle de contraportada

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles
Rector

María Teresa Uriarte Castañeda
Coordinadora de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 176, noviembre-diciembre 2012
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Redacción: Mariana Hernández, Sol Aréchiga
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Imagen de portada: Estudio Navaja
Ilustración de este número: Estudio Navaja
Impresión en offset: Imprenta de Juan Pablos S.A.
2a. cerrada de Belisario Domínguez 19, Col. Del Carmen Coyoacán, 04100, México, D.F.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico: puntoenlinea@gmail.com
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,
forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

EDITORIAL	6
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
Bajo las estrellas (fragmento) / Marcelo Mellado	8
NARRATIVA CHILENA ACTUAL	
Nada es seguro / Emilio Gordillo	14
<i>Space invaders</i> (fragmento) / Nona Fernández	20
Patria automática / Álvaro Bisama	28
Casas sin número (fragmento) / Cynthia Rimsky	34
Si me llevas a Guadalajara, dejo de comer lácteos / Claudia Apablaza	40
Valpore (fragmento) / Cristóbal Gaete	46
El último número (fragmento) / Matías Celedón	51
Ñache (fragmento) / Felipe Becerra	55
Mentirosa (fragmento) / Yuri Pérez	61
Un retrato lineal / Maori Pérez	68
EL RESEÑARIO	
El peor de todo el cuchitril / Ana Negri	72
Sabiduría odorífera / Eugenio Santangelo	74


Chile y México comparten, por razones varias, múltiples vínculos literarios. En la poesía, los acercamientos entre las nuevas generaciones han sido amplios, en forma de encuentros realizados en ambos países y reiterados enlaces electrónicos a través de blogs y páginas web dedicadas al tema. En cuanto a la narrativa reciente la cercanía ha sido menor, y me atrevería a afirmar que ésta se ha mantenido algo distante de los lectores mexicanos. Como lo hacemos año con año, aprovechamos la ocasión para ofrecer un botón de muestra de la producción literaria del país invitado a la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en este caso, Chile.

La selección ha sido preparada por el narrador y editor Emilio Gordillo, con quien nos puso en contacto el escritor chileno Alejandro Zambra. Gordillo optó por un grupo de autores poco conocidos en México, pero con una obra solvente que los respalda. Ha incluido a dos nacidos en la década de los años sesenta (Cynthia Rimsky y Yuri Pérez), cuya escritura tiene mucho que ver con la de sus sucesores cronológicos; sintetiza en su presentación el recorrido de la narrativa chilena a partir de la “transición a la democracia”, y pone el dedo en el asunto de las editoriales independientes como pilar de ese tránsito literario y como espacio que comparten en algún momento los autores elegidos por él para esta muestra. Evidentemente, hay ausencias asumidas por el antólogo, pero esta selección es un claro muestrario de los caminos de la narrativa chilena actual.

A propósito de su decisión de ampliar el margen generacional solicitado por esta revista (a partir de la década del setenta), Gordillo afirma que “entre los nacidos en los sesenta y los noventa creo ver una marca que no tiene nada que ver con la insistencia académica de la división generacional. Esa marca [...] es la multiplicidad de discursos y formas con que se ha respondido a las resacas de la neoliberalización extrema que ha sufrido Chile en los últimos veinte años.” Los casos elegidos por Gordillo sostienen su argumento anti-generacional (en el sentido de la convención que restringe entre doce y quince años a una generación): “Mi impresión es que en la escritura y en su actitud de representación, Mellado, Yuri Pérez y Rimsky son, incluso, más jóvenes que los jóvenes antologados acá.” No puedo respaldar tal afirmación pues no conozco el grueso de la obra de estos autores, pero sí puedo decir que los textos presentados en este número —en su mayoría inéditos— tienen un carácter de unidad que va más allá de los límites cronológicos.

En consecuencia, Gordillo acomoda el material no con base en las edades sino más bien en el ritmo de lectura. Así, va hilando fino y abre con un fantástico fragmento de Marcelo Mellado, en el *Árbol Genealógico*, que da la tónica de la muestra por venir: desparpajado, delirante, vertiginoso, corrosivo. Luego de su presentación, empieza con el ayer: un fragmento de *Space invaders*, novela de Nona Fernández que toca la infancia vivida en la dictadura pinochetista, y “Patria automática”, cuento de Álvaro Bisama que narra la creación de un ejército de autómatas que respaldaría el regreso del libertador O’Higgins. Luego, Cynthia Rimsky nos hace *voyeurs* al atisbar con la protagonista por las ventanas que rodean su departamento. El vértigo se retoma en “Si me llevas a Guadalajara dejo de comer lácteos”, cuento de Claudia Apablaza; de ahí, pasamos al desgarrar sin concesiones de Cristobal Gaete en su fragmento de la novela *Valpore*, al tono críptico de Matías Celedón y a la dilución de las fronteras de género en Felipe Becerra. Llegados a este punto, el antólogo nos saca de la introspección con un fragmento de *Mentirosa*, de Yuri Pérez, con quien recorreremos visiones del mundo antagónicas en las voces imbricadas de dos hermanas, y cierra con la arriesgada estructura de “Un retrato lineal”, cuento de Maori Pérez.

El número publica también reseñas a dos de los autores incluidos, a cargo de Ana Negri y Eugenio Santangelo. La parte gráfica corre a cuenta de Estudio Navaja, colectivo de diseño integrado por Nicolás Sagredo, Pablo Jara Zenteno y Jko Contreras, quienes trabajan al alimón entre Quilpué, Chile, y Valencia, España (www.navaja.org), y prepararon la serie de *collages* y gráficas digitales que acompañan armónicamente, en concepto y factura, a los textos.

Para cerrar este comentario, dejo a los lectores la afirmación que me ronda y que da título a la presentación de esta selección de autores: al hablar de literatura chilena, “nada es seguro”. 

Carmina Estrada

Bajo las estrellas (fragmento)

Marcelo Mellado

La hediondez, Alquimia, Santiago, 2011

Chucho Velázquez y Elizabeth Portentosa toman un bus interprovincial muy temprano en la mañana de ese sábado de noviembre, en dirección a la zona de Rapel-Matanzas, llevan la tabla de surf, además de las mochilas y una carpa. Se bajan antes de llegar al balneario, él conoce una ruta alternativa para llegar a una playa pequeña, una especie de caleta abrigada, frente a una lobería. Caminan un trecho de roqueríos, entre rocas y arena, hasta llegar a una playita escondida. Es cerca de mediodía y proceden de inmediato a levantar la carpa. Han ubicado la tienda en un lugar protegido del viento, un huequito de arena entre las rocas. En las cercanías hay una fuente de agua que viene de una quebrada. Está nublado, pero la temperatura es agradable. Recogen restos de maleza y palos secos para encender fuego, van a preparar el almuerzo. Se ven entusiastas y hasta contentos. Ella le pregunta si es relativamente fácil pescar y mariscar, por la cercanía de un enclave rocoso; él le promete que más tarde harán esa faena, pero que por ahora cocinarán tallarines con jurel enlatado.

La noche es estrellada y el ruido del mar produce un efecto que podríamos denominar estético. Están hasta altas horas de la madrugada fuera de la carpa junto al fuego, toman vino y fuman un pito de marihuana, y sonríen. Él siente deseos de tocarla y poseerla, pero ella no siente esa necesidad, todo lo contrario, ella sólo siente ganas de jugar y reír. Jugar a orillas del mar, con la espuma que hacen las olas o jugar con las palabras, junto al fuego. Él le acaricia sutilmente los cabellos ensortijados. Ella le comenta que tiene sueño, que está tan relajada que siente esa somnolencia placentera y que va a entrar a la carpa a dormir. Él está algo perturbado, no tie-

ne sueño, todo lo contrario, él incluso ha pensado en caminar al pueblo e ir a emborracharse a una cantina, está más que entusiasmado con la presencia de Elizabeth Portentosa. Chucho Velázquez, a pesar del vino y el pito, decide respetar la opción de Elizabeth. Ella, simplemente, quiere ir a dormir, es decir, meterse al interior del saco, ella le comenta que siente esa nostalgia adolescente de dormir en una carpa, en un saco de dormir, como cuando pertenecía al grupo scout de la parroquia de Llo-Lleo. Ambos miran el fuego como con expectativas rituales y místicas. Él la abraza fuerte y con entusiasmo, ella se deja en buena onda, asumiendo que se trata de un acto de camaradería. Ella se toma el último vaso de vino y se mete al interior de la carpa, el fuego ha decaído, la noche está estrellada y algo fría. Elizabeth se saca los jeans y se pone un pantalón de buzo. Chucho Velázquez, que ingresa unos minutos más tarde porque se ha quedado a terminar la botella de vino, simplemente se saca los jeans y se acuesta en calzoncillos. Le propone a Elizabeth juntar los sacos por los cierres eclair para combatir el frío, ella accede por compañerismo. Chucho Velázquez está encendido, lo que contrasta con la medida de Elizabeth que no alcanza a percibir la calentura de su amigo.

Elizabeth se queda dormida casi al instante, Chucho Velázquez no puede conciliar el sueño, el pene se le erecta casi al instante, están en posición convexa, esa que llaman cucharita, y no puede evitar rozarla, pero ella parece no sentirlo porque estaría durmiendo, él la abraza con decisión y ella no reacciona, porque efectivamente está durmiendo. Él comienza a acariciarla, primero los hombros, el pelo, los senos y le presiona el culo; su enorme culo que lo enloquece, comienza a besarle el cuello. Ella

se despierta y le sonrío con muy buenos modales, lo que no necesariamente significa que acepta sus requerimientos amorios. Luego lo intenta tranquilizar y le dice que no es el momento, continúa su proceso persuasivo haciendo alusión a cosas energéticas, a buena sintonía, incluso a enganches espirituales y esas cosas, y el pero correspondiente, el que incluye alguna caricia suave. Él, burdamente, le muestra una caja de condones que trajo para la ocasión, ella sonrío, sabe sonrío y sabe tratar. Él la manosea con torpeza. Ella se deja besar las tetas y bajar el buzo, de pura buena onda. Ella, muy protocolar, le propone masturbarlo para que se tranquilice, le dice convincentemente que es lo único que puede hacer por él, porque no desea ser penetrada. Él hubiera preferido una mamada, pero no consigue negociarla porque su habla en ese momento se vuelve torpe y poco convincente. Él accede a la paja lastimosa, a pesar de que el trasero o culo de Elizabeth lo tiene loco y no quiere soltarlo. Ella nunca pierde la compostura, todo lo contrario. Logra reducirlo con su poder de persuasión, sobre todo corporal, y lo convierte en un ente pasivo-receptivo. Y una fuerte mano que prácticamente envuelve todo su pene, dejando apenas el glande afuera, le da un apretón casi invalidante para, lentamente, y con fuerza extrema, comenzar a mover hacia arriba y hacia abajo. La descarga eyaculatoria no demoró mucho, la misma Elizabeth limpió, con toalla Nova de doble hoja, todo rastro para no manchar la parte interna del saco. Ella hacía un uso extensivo de ese papel que incluía, además de la vida doméstica, la vida laboral y afectiva. Comentario que ella hizo mientras limpiaba. Luego de lo acontecido Elizabeth Portentosa se quedó dormida de inmediato, mientras que Chucho

Velázquez casi no durmió por una especie de sensación de sorpresa o algo análogo; no lo sabría hasta mucho más tarde. Porque si bien algunas de sus pretensiones habían tenido lugar, hubo otras que quedaron *in the way*.

Al día siguiente el ruido del mar era un espectáculo ensañador, aunque también amenazante, reminiscencia que padecen los que viven pegados a la costa, sobre todo cuando han tenido que soportar sus salidas. Un mar sonoro, bravío, mortal. Elizabeth sentía la pulsión poética en forma muy viva, enfrentada al estímulo del mar. Su acompañante, en cambio, no podía abrir los ojos. La mañana estaba hermosa, eso al menos comentó para sí misma Elizabeth Portentosa, tratando de despertar a Chucho Velázquez, que no había pasado buena noche. La playa no estaba más allá de treinta metros y Elizabeth se dedicó a pasear por la orilla a la espera de que Chucho Velázquez se repusiera.

A la hora apareció con la tabla de surf y con un ánimo que no mejoraría mucho con el transcurso de las horas. Él trataría de enseñarle a Elizabeth algo de la disciplina, pero él mismo no estaba muy concentrado. Fue el entusiasmo de ella lo que salvaría en algo la situación. Hubo al comienzo una introducción teórica, luego vinieron algunos ejercicios y finalmente algo de flotación sobre la tabla, nada más.

Paralelamente, en la parte alta, ubicados tras unos quiscos, estaban el Poetiso Caldera y el Gallina Clueca, que observaban con sus anteojos de larga vista toda la operación que realizaban el surfista y su aprendiz. La misión de los observadores era recabar información que les fuera útil en relación con el tema del proyecto bibliotecario. Había que impedir a toda costa que la iniciativa

en la que estaban involucrados los poeta-deportistas obtuviera los recursos que tanto habían buscado aquellos que representaban a la biblioteca municipal. El Poetiso y el Gallina suponían que este viaje a la zona en que se encontraban tenía que ver con ese asunto. Esta vez no pensaban atentar contra ellos, porque habían llegado a la conclusión de que era mejor reunir harta información sobre el adversario para una mejor toma de decisiones. El Gallina, por lo tanto, toma notitas en una libreta, anota los movimientos del enemigo. Han llegado temprano en un móvil que puso a su disposición la municipalidad y que está estacionado en los alrededores. El Poetiso Caldera se había interesado en el hecho de que los observados durmieran juntos en una carpa, han visto a la pareja vestirse con esos trajes de goma y hacer ejercicios, y meterse en el agua. Caldera había sido testigo de la *performance* de las nalgas y había quedado prendido del culo de Elizabeth Portentosa. “Ese culo es un portento”, se dijo para sí mismo. Y pudo comprobar que, si no eran una pareja feliz, lo parecían, al menos se veían como dos cómplices haciendo algo en común que parecía de su agrado, sin duda. El Gallina tomó fotos de todo y siguió anotando, preparando su informe al servicio de La Caleta.

A la hora del almuerzo, la pareja deja la orilla y se va a los roqueríos a buscar algún producto marino que poder comer. Los espías observan durante mucho rato la escena y son testigos de un particular almuerzo. Abandonan el lugar pasadas las cuatro de la tarde, se van a un restorán de La Boca con un viático proporcionado por la municipalidad.

Chucho Velázquez recuperó parte de su ánimo en las rocas mientras buscaban algo para el almuerzo, y hallaron algunos moluscos y un crustáceo, como en una película mala de argumento robinsoncrusoniano. Encontraron una jaiba y Chucho Velázquez se atrevió a sacar un picoroco en una zona de rompiente. Cocinaron ambos alimentos en una ollita que llevaban.

El gran temor que tenía la asociación de amigos que se agrupaban en torno a la biblioteca era una legislación nueva sobre bibliotecas públicas que podría implicar perder recursos, porque, al parecer se iba a privilegiar la repartija de esos recursos en varias instituciones y no en una grande como se solía hacer. Por eso el Poetiso Cal-

dera y su gente tramaban, entre otras cosas, generar varios proyectos micro bibliotecarios en juntas de vecinos y centros culturales e instituciones análogas, para controlar esos recursos. Ellos estaban siguiéndole los pasos al gremio de los poetas y sus aliados, porque suponían que estaban al tanto de esa nueva ley, por ende, se imaginaban promoviendo nuevas bibliotecas en todas las localidades cercanas para acaparar los recursos. En todo caso no era claro o no estaba decidido dicho cambio en la legislación cultural. También se rumoraba que las bibliotecas serían intervenidas por el Estado para entregárselas a empresas privadas que debían autofinanciarlas creando unidades de negocios aledañas.

Mientras almuerzan los productos del mar, Chucho Velázquez pretende establecer una conversación de tipo intimista, quiere indagar o saber qué sintió Elizabeth cuando pasaron la noche, el porqué de su actitud. Partió por agradecerle la “pajita”, así la llamó. Ella le comentó que no era nada, que por un amigo urgido era lo menos que ella podía hacer. Él le plantea que, en ese caso, hubiera preferido una mamada. Y ella le responde que además de ser algo muy íntimo es muy aparatoso y complicado, recibir en la boca un chorro de semen. Él le consulta de inmediato, para que no se le pierda el hilo de la conversación (porque está un poco nervioso), que por qué no aceptó la posibilidad de la penetración, que él anda con una caja de condones, pero ella insiste en el tema de la intimidad y de la situación afectiva, que para ella esta cuestión de la penetración es una escena más complicada de lo que se cree y que no quiere tomarla con tanta ligereza, y que no se trata de estar asumiendo posturas que impliquen el seguimiento irracional de órdenes que dicta una moda o un código conductual, que hay que asumir que es un acto muy parecido al de las excreciones y que, por lo tanto, necesitan de un área o zona específica de ocurrencia. En el fondo se trataría de algo levemente asqueroso, así que debería darse con una piedra en el pecho porque se lo reemplazó por una paja cuyo chorreo le manchó algo más que la pura manito usada para tal maniobra, y que la disponibilidad de su culo era un tema que ella abordaba en su poética, por lo tanto en sus textos poéticos había más información al respecto. Ella solía andar con sus textos para venderlos en su mo-

chila y, de hecho, aprovechó la ocasión para venderle uno a Chucho Velázquez. Éste no podía dejar de hacer esa inversión. La comercialización de tal producto se hizo en pleno almuerzo. Y Chucho Velázquez hojeó su compra y leyó una introducción que no entendió mucho, firmada por una mujer que le sonaba en el ambiente cultural nacional y que presentaba a la autora, hasta en cierto sentido la alababa. Procedió a leer el primer poema, un poco obligado por las circunstancias. El libro llevaba por título *Cuerpos sin culo*. El primer poema, que más que un título abría una zona temática, se llamaba “Cerraduras sin hoyo”, lo que de algún modo hizo reflexionar a Chucho Velázquez, que al leerlo exclamó: Ah, chucha. Algunos de sus versos daban cuenta de ciertas procesualidades en que los sujetos, hombres y mujeres, se ven envueltos para constituirse como tales. De muestra un botón:

Oquedades dispersas cacarean vientres amordazados
teorías de la ilusión generan figuras enajenadas
y por la ventana de un cuarto trasero
escapa el deseo.

Y dejó de leer, y Elizabeth Portentosa, la poeta, no le hizo la pregunta que parecía de rigor, algo como ¿Qué te pareció? En cambio, ella apeló al ruido del mar que era inquietantemente hermoso. Y en ese mismo instante ella procede a quitarse la ropa y quedar completamente desnuda, paradójicamente, sin que hubiera alguna causa pa-

ra ello. Ella expresó, luego, el deseo de tomar un poco de sol y se tendió de espalda. Él le comenta, muy inquieto, que lo que acaba de hacer es muy perturbador para él. Ella lo insta a controlarse y a superar la inmediatez, así llamó Elizabeth a la erección instantánea que lo aquejó dolorosamente. En ese instante Chucho Velázquez se metió a la carpa con aspecto de angustiado, advirtiéndole a Elizabeth Portentosa que iba a proceder a masturbarse en su interior. A los pocos instantes ella comenzaría a escuchar estrangulados quejidos que provenían desde el interior de la carpa. Elizabeth se apiadó de él, de su dolor y de su angustia, corrió a la carpa y le propuso que mejor se masturbara metiéndole la punta de su pene en la vagina, que ella era capaz de soportarlo para que no sufriera de ese modo. Pero justo al ingresar a ella fue sacudida por una eyaculación que le dio en pleno rostro, y que ella interpretaría como de carácter precoz y él como un coito interrumpido.

Elizabeth Portentosa no aprendió a surfear y Chucho Velázquez no pudo consumar su deseo, pero aún así conformarían un equipo de trabajo que daría de que hablar. Parte de la escena fue observada por los investigadores de La Caleta, la imagen de Elizabeth desnuda alrededor de la carpa, y luego tomando el sol, los enmudeció y hasta se podría decir que los entristeció. Entre ellos no se hicieron comentarios, el Gallina Clueca miró asustado al Poetiso Caldera, como queriendo explicaciones de alguien que suponía sabedor de esos temas cochinos.📍



Marcelo Mellado (Concepción, 1955). Reside en la ciudad puerto de San Antonio. Fue agricultor y profesor escolar básico. Es autor de los libros de relatos *El objetor* (Cuarto Propio, 1998), *Ciudadanos de baja intensidad* (La Calabaza del Diablo, 2007, Premio de la Crítica UDP), de la antología *Armas arrojadizas* (Metales Pesados, 2010), así como de las novelas *El huidor* (Ojo de Buey, 1992), *La provincia* (Sudamericana, 2000), *Informe Tapia* (La Calabaza del Diablo, 2004) y *La hediondez* (Alquimia, 2011). Actualmente es columnista en algunos medios de prensa como *The Clinic* y *Punto Final*.





Narrativa chilena
actual

Nada es seguro

Emilio Gordillo

Lo principal es que nada es seguro al hablar de literatura chilena.

Soy el compilador de esta antología por cosas del azar, pero al hablar de literatura chilena me puedo permitir cierta libertad y pasar de un lado a otro en, al menos, dos perspectivas más: la de escritor y la de editor. Sumado al proyecto personal que es siempre la escritura literaria, he editado narrativa chilena desde el año 2008. Primero en la desaparecida revista *Contrafuerte*. Luego vendrían proyectos de difusión en México y, más tarde, y hasta el día de hoy, el trabajo en la colección de narrativa de la editorial independiente Alquimia. El elemento que reúne todas estas ópticas es la lectura. Me gustaría ser el lector de mis predecesores directos más que de mis contemporáneos, salvo algunas excepciones.

Desde el punto de vista del escritor, lo que se suele buscar en este oficio son predecesores, libros hechos por escritores con los que se pueda generar distancia o cercanía. Esos dos movimientos son siempre una forma de delinarse a uno mismo. Las tradiciones chilenas más valiosas, casi siempre fuera de los programas escolares —y hasta académicos—, se solían y se suelen buscar hasta hoy fuera de las instituciones. A diferencia del caso mexicano, sin grandes auspiciadores, intelectuales acomodados con vivienda en Chimalistac o sistemas de financiamientos continuos para creación, la escritura chilena presume una bastardía interesante, una bastardía que, dependiendo de la lectura, la llena de vitalismo o miseria, o las dos cosas a la vez. Los padres a matar casi siempre están en la poesía. Colosos como Parra, Enrique Lihn o Gonzalo Millán, por no nombrar a los nobeles anteriores, dan cuenta de aquel lastre enriquecedor que la poesía olvida o retoma en sus reescrituras. El ejercicio narrativo goza de algo así como un desfile de padres ausentes que en las últimas dos décadas, quizá, ha venido a ocupar, en cierta medida, un escritor como Germán Marín. Su proyecto, bastante ambicioso, balzaciano, farragoso y total, ha sido batirse a duelo con esa novela sobre la dictadura que, se dice, aún no se ha escrito —y no se escribirá— en Chile. Con sus trilogías *Historia de una absolución familiar* y *Un animal mudo levanta la vista*, Marín podría haber ocupado el lugar del árbol genealógico que me pedían los editores de esta antología. Que no esté no es casual ni una falta.

Durante el proceso imaginario que en Chile se ha llamado “transición a la democracia” y que abarcó los cuatro gobiernos entre la salida de Pinochet y el comienzo del gobierno de derecha de Sebastián Piñera, la narrativa chilena ha corrido la mayor parte

de las veces subterráneamente, por caminos de sistematización y de asistematización. Un ejemplo del primer movimiento, y en términos editoriales, bien puede ser el fenómeno Biblioteca del Sur, de editorial Planeta, una transnacional que mediante el trabajo de Carlos Orellana y Jaime Collyer editó la supuesta narrativa de la supuesta vuelta a la democracia. El catálogo reunía perfiles absolutamente distintos en los que se iba de Alberto Fuguet a Castellano Girón, de Adolfo Couve a Sergio Gómez o de Germán Marín a Diamela Eltit. De entre todo este licuado hecho una montaña rusa de puntos altos y bajos, surgió ese nombre extraño de “Nueva narrativa chilena” que en realidad se repite con el mal aliento de una cebolla desde la generación del cincuenta. Lo de nuevo, o nunca lo entendí muy bien, o puntualizaba su núcleo en lo novedoso por sobre el gentilicio. Lo cierto es que las librerías de viejo —siempre pocas en Santiago— tienen un alto número de saldos de esta colección. Se suelen ver tirados entre muchos otros libros. Esta colección, que se inicia en 1989 y que cae dentro de los juegos caníbales de editoriales que se fusionan y se comen entre sí, tendría su continuidad con la curatoría que Germán Marín realizara en la colección Transversal de otra transnacional: Sudamericana (y luego en Random House). En esta colección curada por Marín encontramos libros de dos participantes de esta antología: Cynthia Rimsky y su *Poste restante* y Marcelo Mellado con *La provincia*. Ninguno de ellos volvió a publicar para esa colección ni para esa editorial. Más allá del eterno perfil cortoplacista de la cultura chilena —sobre todo la ultramercantilizada que se instala desde la dictadura en adelante—, a mí me da la impresión de que Marín pretendió potenciar su propia narrativa —hasta el día de hoy lectura sólo de especializados— en el ejercicio editorial. Los proyectos de Mellado o Cynthia Rimsky, por ejemplo, parecían ya augurados o elaborados en ciertas zonas de sus largas novelas: las novelas de un exiliado que reconstruye la historia borrosa del Chile de siglo XX, ni más ni menos. Cierta humor popular y farragosidad pompiariana en Mellado, ciertos modos del fragmento escrito en viaje por Rimsky.

Vale decir que casos como los de Rimsky, Mellado o Yuri Pérez demuestran cómo la compartimentación etaria se vuelve, al igual que el concepto de “nuevo”, más inútil cada vez en sus intentos de sistematizar movimientos que la academia demora algo así como década y media en reconocer o glosar. Los reto a buscar más de una crítica académica inteligente a los libros de estos autores. Mi impresión es que en la escritura y en su actitud de representación del mundo, Mellado, Rimsky y Yuri son, incluso, más jóvenes



que los jóvenes antologados acá. Eso, siempre y cuando seamos tan ingenuos para pensar que la juventud supone hoy algo así como el ímpetu de las vanguardias. Nada más lejano. Como escribía Bolaño por ahí, los jóvenes “escritores ahora buscan el reconocimiento, pero no el reconocimiento de sus pares sino el reconocimiento de lo que se suele llamar ‘instancias políticas’, los detentadores del poder, sea éste del signo que sea (¡a los jóvenes escritores les da lo mismo!), y, a través de éste, el reconocimiento del público, es decir la venta de libros, que hace felices a las editoriales”. Y todos sabemos —y en México sí que son unos sabios en esto— que la ruptura no vende. Si ruptura se asocia a juventud, pues el criterio etario se despeña junto con la categoría de “nuevo”. Allá van rodando, y la academia lo ve como por un telescopio en otra galaxia, con unos diez o quince años de desfase. Qué le vamos a hacer, son los efectos de la luz. Baste decir que la última vez que vi a Mellado, hostigaba al guardia del Museo Naval en Valparaíso hasta el hartazgo, hasta acorralarlo en un encanto que lo volvía, sin querer, un informante para su nueva novela *La batalla de Placilla*; a Yuri Pérez lo vi vendiendo libros de su editorial independiente en la calle y a Cynthia Rimsky, en el aeropuerto del D.F., después de presentar *Ramal* por el FCE. Y sí, el libro fue presentado bajo ese sello, pero Cynthia, con la tónica de todos sus libros de viajes y sus crónicas, no cargaba otra cosa que una mochila. Esa mochila pesaba menos de diez kilos. En ese peso cabía toda su vida. Y así cruzaba todo un hemisferio.

Alejandro Zambra decía de *Informe Tapia*, la novela nuclear de Marcelo Mellado, que la transición a la democracia había comenzado con *La negra Ester* (una obra teatral de bastante fama que mediante la cultura popular integra drama y música) y había terminado con el *Informe Tapia*: la novela que parodiaba la jerga funcionaril creada por esa nueva clase social que fue la Concertación de Partidos por la Democracia, triunfadora en el No que haría salir a Pinochet del gobierno, aunque nunca tanto. Como dice Rodrigo Pinto, Mellado es “un marginal que no sólo está consciente de serlo, sino que usa además la marginalidad como estrategia discursiva para dirigir, desde ahí, un ataque en forma a una cierta idea de país anclada en el sentido común. Bajo la mirada áspera y corrosiva de Mellado, esa idea parece disolverse en un amasijo de urbanismo derruido, tribus inmisericordes en sus enfrentamientos, ejércitos de burócratas que trabajan para sí mismos y ambientes degradados donde campean el vino malo, los orines y los hedores de la descomposición del paisaje citadino”. Se podría decir que en el proyecto de Mellado se revelan satíricamente miserias capitalistas que en proyectos como el de Fuguet parecían bastante más atractivas: hay un abismo entre la miseria de un cocainómano que se mira en el espejo de un aeropuerto —qué caro es usar un baño al otro lado de la aduana— y un funcionario provinciano que despotrica contra los grupos de operadores políticos, los poetas gremiales y la fauna rasca de la literatura chilena que, en palabras de Álvaro Bisama, “está obsesionada en la fantasía global o marginal de su propia felicitación”. Mellado se fija precisamente en los lugares que nadie se fija: un puerto infecto —donde también ha llegado a vivir—, gremios poéticos miserables, amigos del arte pobre, operadores políticos que buscan algún nicho en la burocracia cultural. En ese ejercicio no sólo ridiculiza las pretensiones globalizadas de la ínsula chilena, también se burla del lenguaje teórico, académico y social que validó las políticas culturales de la “transición”. Esas horribles palabras esdrújulas de la teoría —a lo Nelly Richard, Escena de Avanzada y los intelectuales de centro izquierda concertacionista— significan cosas diametralmente opuestas en boca de una becaria Guggenheim que en los funcionarios pobres de la provincia melladiana. Desde este punto de vista, la escritura de Mellado es una respuesta y un bombazo a la tradición elaborada por Diamela Eltit, esa escritura que bajo la dictadura buscó formas ultracodificadas del decir para representar una realidad asfixiante, formas muy necesarias que ya no lo eran tanto al estabilizarse y convertirse en norma durante el proceso de aquella “transición democrática” repleta de informes y proyectos culturales y educacionales chantas.

Muchos de los proyectos más interesantes, hoy, siguen una actitud que también ha tenido Mellado: la publicación en editoriales independientes. La mayor parte de los antologados han pasado en algún momento por ahí. Tras ese gesto se esconde algo central en la narrativa chilena actual, las representaciones más interesantes no están legitimadas por editoriales transnacionales, en estas últimas encontrarán Isabeles Allendes, Robertos Ampueros, Riveras Letelieres y una larga fauna de exponentes que no me extenderé en nombrar.

Entre los nacidos entre los setenta y los noventa, creo ver una marca que no tiene nada que ver con la insistencia académica de la división generacional. Esa marca, el

mayor valor, pienso, es la multiplicidad de discursos y formas con que se ha respondido a las resacas de la neoliberalización extrema que ha sufrido Chile en los últimos veinte años. Bisama escribe sobre la juventud abandonada de Valparaíso y la avidez de mitos que ese mismo abandono produce como saber pobre y sin salida en una prosa que tartamudea y se engulle a sí misma recordando filiaciones tan importantes como las de Manuel Rojas o Gómez Morel. Cristóbal Gaete que, a pesar de utilizar materiales similares a los de Bisama, escribe sobre el puerto desde una suerte de pobreza que se dispone a los capitales extranjeros y se exhibe como turismo afeado a cambio de un provecho miserable y de migajas. Cynthia Rimsky, con una escritura elegante y vital, hace emerger realidades olvidadas con el ojo milimétrico que se querría cualquier etnólogo. Yuri Pérez y su proyecto burlón, sarcástico y poético en el que trabaja con materiales de las periferias santiaguinas —en este caso, la ola espiritual y económica evangelista— y los estructura en una prosa poética áspera, feísta, ridícula, ambigua y crítica. Matías Celedón, siempre medio oculto, elabora trabajos en los que ya no se puede hablar de literatura sin experimentalismo y construcción de textos en múltiples dimensiones mezclando estética y política. Nona Fernández, siempre atenta a los signos de la ciudad de Santiago y a la violencia política, social e íntima impuesta que, en su obra, dibuja un arco bastante coherente entre los años setenta y la actualidad. Claudia Apablaza, con un relato dislocado y borracho en que la sexualidad ebulle como una fuga posible a la enajenación, como una vía de sentido desencajado. Y los casos más jóvenes: Felipe Becerra por un lado, con el intento de situar en el mapa de la escritura chilena un estilo barroco cercano a los ya olvidados referentes de Sarduy o Arenas, ejercicio bastante valiente —y extrañamente contestatario, pues el barroquismo involucra el exceso que la economía rechaza— en el mapa de la literatura chilena. Finalmente, Maori Pérez, exhibiendo una escritura paródica en la que cualquier camino de interpretación implica una lectura dislocada, una ruta hecha de diagonales.

Como en toda antología, faltan bastantes escritores. La miseria que genera el neoliberalismo extremo abre también una suerte de ambiente de compañerismo, siempre frío, entre los proyectos independientes que se llevan a cabo en Chile. Esa riqueza que parte de una miseria, cierto desarraigo y una necesidad de reconstrucción identitaria constante son signos de la potencia que el olvido ha tenido y seguirá teniendo en Chile. Si olvido y memoria son partes de una misma cosa, el olvido gana lejos la carrera en la historia nacional. De hecho Bolaño, uno de los responsables de este desorden enriquecedor, quien nos ayudó a desdibujar los límites entre poesía y narrativa, se nombra poco o nada estos últimos años por los rincones del pueblo de Chile. **P**



Emilio Gordillo (Santiago, 1981). Fundó la revista *Contrafuerte*. Estudió Literatura en la Universidad de Chile. Ganó el Premio Municipal Juegos Literarios Gabriela Mistral 2008 con *Los juegos mudados* (Ediciones a contraluz). Ha sido profesor de Literatura en la UADY, México. En 2010 dirigió el encuentro de escritores “Regeneración, Narradores y Ediciones Chilenas Invadiendo el D.F.”. Actualmente es columnista de la revista *Carcaj* (LOM) y editor de narrativa en Alquimia. En 2011 ganó el Premio Consejo Nacional del Libro y la Lectura a las Mejores Obras Literarias de Autores Nacionales Publicados e Inéditos por la novela *Croma*. Vive en México D.F., donde cursa estudios de posgrado en la UNAM.



Space Invaders (fragmento)

Nona Fernández

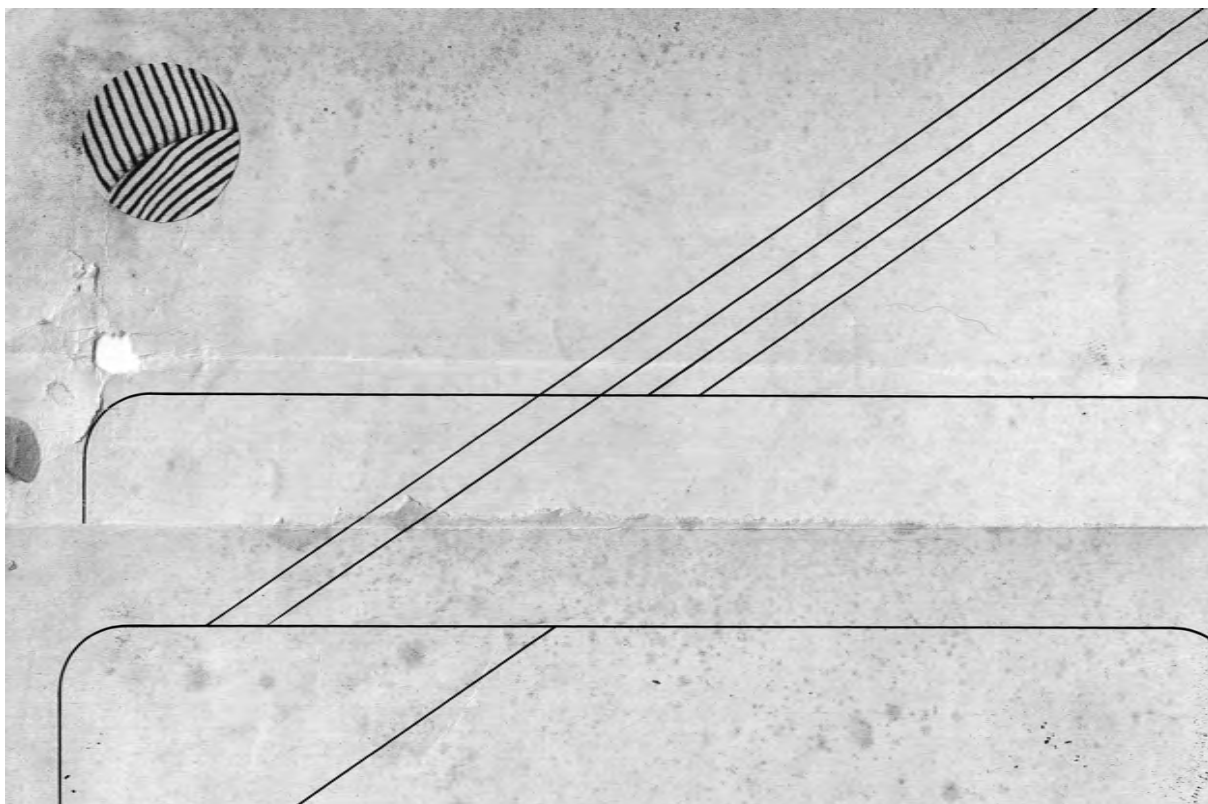
Novela inédita

Santiago de Chile. Año 1980. En un liceo de Avenida Matta, una niña de diez años entra de la mano de su papá. Trae un bolsón de cuero colgando del hombro y los cordones del zapato derecho desatados. Afuera, en la calle, aún quedan los restos de una celebración que dejó algunos panfletos, botellas vacías y basura desperdigada por la vereda. La nueva Constitución propuesta por la Junta Militar fue aprobada por una amplia mayoría. El portero del liceo barre la mugre del frontis mientras mira al padre de la niña. Él se saca el gorro de carabinero para despedirse de su hija. La niña le sonríe y luego avanza por el pasillo con su cordón desatado arrastrándose por las baldosas del suelo. Frente a la estatua de la Virgen del Carmen, se hinca y besa su dedo pulgar.

A veces soñamos con ella. Desde nuestros colchones desperdigados por Puente Alto, La Florida, Estación Central o San Miguel, desde las sábanas sucias que delimitan nuestra ubicación actual, refugiados en los catres que sostienen nuestros cansados cuerpos que trabajan y trabajan; de noche, y a veces hasta de día, soñamos con ella. Los sueños son diversos, como diversas son nuestras cabezas, y diversos son nuestros recuerdos, y diversos somos y diversos crecimos. Desde nuestra diversidad onírica podemos concordar que cada uno en su propio estilo la ve como la recuerda. Acosta dice que en su sueño ella aparece niña, tal como la conocimos, de uniforme escolar, con el pelo tomado en un par de trenzas largas. Zúñiga dice que no, que nunca ocupó trenzas, que a él se le aparece con una melena negra y gruesa enmarcándole la cara, melena que sólo él recuerda porque Bustamante tiene otra imagen y Maldonado otra y Riquelme otra y Astudillo otra, y todas y cada una son diferentes.

Los peinados y los colores varían, las facciones no terminan de enfocarse, las formas se borrarían, y no hay manera de ponerse de acuerdo porque en los sueños, lo mismo que en los recuerdos, no puede ni debe haber consenso posible.

Fuenzalida sueña con la primera vez que la vio. Cuando despierta no recuerda bien cómo era su peinado, así es que no entra en ese debate con el resto del curso porque para Fuenzalida lo importante en los sueños son las voces, no los peinados. Fuenzalida sueña con muchas voces infantiles cuchicheando en la sala de clases del quinto año básico y con el profesor de turno pasando la lista. Acosta, presente. Bustamante, presente. Contreras, presente. Las voces de cada uno de los niños van respondiendo con el tono preciso, tal cual eran, porque aunque las voces se diluyen con el tiempo, los sueños saben resucitarlas. Donoso, presente. Fuenzalida, presente. Y entonces el turno de ella, su nombre pronunciado bajo los bigotes negros del profesor. González, se escucha en la sala, y desde un banco solitario de la parte de atrás, la alumna nueva, o quizás no tan nueva, responde presente. Es ella. No importa cómo se ve su pelo, su color de piel o sus ojos. Todo es relativo, menos el sonido de su voz, que cuando se trata de sueños, según Fuenzalida, es lo mismo que una huella digital. La voz de González se nos cuela desde el sueño de Fuenzalida y toma nuestras propias imágenes, nuestras propias versiones de González, y ahí se instala y se queda para acompañarnos noche tras noche. A veces visita la almohada de Berríos, otra, el colchón de Quiroga, otra, las sábanas rotas de Martínez. Y así el recorrido nocturno es una pasada de lista circular que no termina nunca, un chequeo eterno que no nos deja

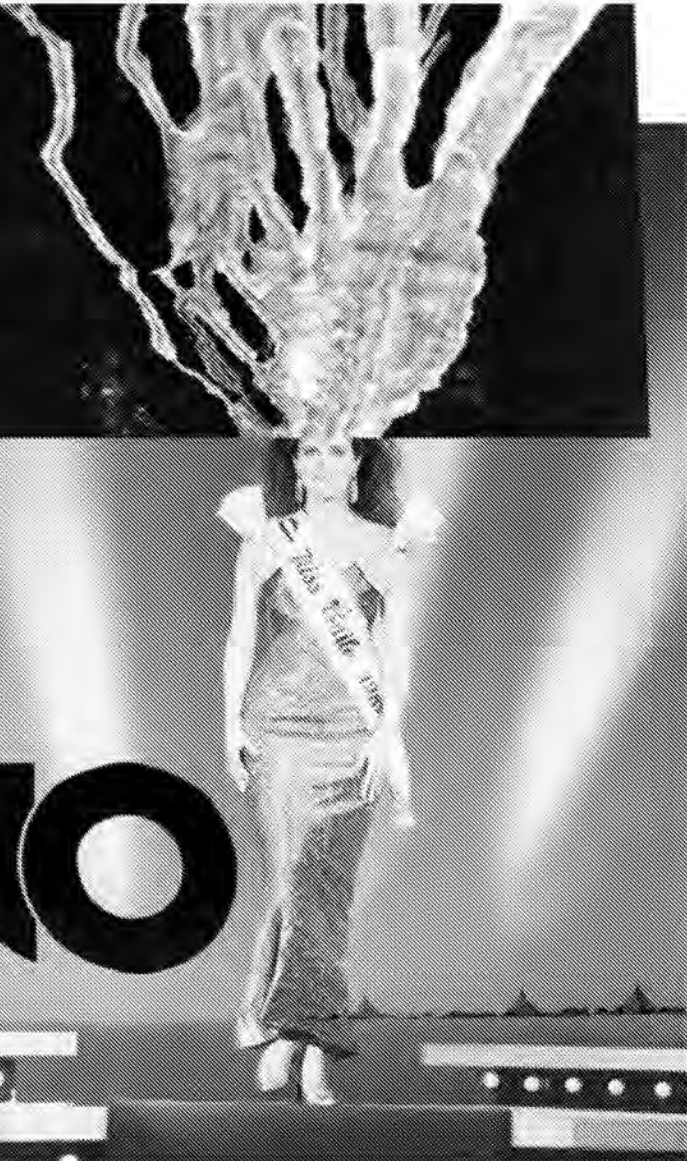


dormir tranquilos. Han pasado años. Demasiados años. Nuestros colchones, lo mismo que nuestras vidas, se han desperdigado en la ciudad hasta desaparecer unos de otros. Qué ha sido de cada uno es una completa incógnita que poco importa resolver. A la distancia compartimos sueños. Por lo menos uno bordado con hilo blanco en la solapa de un delantal cuadrillé: Estrella González.

Riquelme sueña con manos de repuesto. Son las manos de la casa de González. Él fue el único que estuvo ahí una vez, así es que sus sueños son como un testimonio. Riquelme dice que la casa era grande y oscura y llena de puertas cerradas. Detrás de una de esas puertas estaba la pieza del hermano de González. Ahí no se podía entrar. Detrás de otras dos puertas, en un segundo piso al que se llegaba por una escalera sin baranda, estaban las piezas de González y sus papás. Ahí sí se podía entrar. Pero él no lo hizo. No lo invitaron. Abajo había un comedor y un living y un lugar con una televisión y un equipo

de juegos Atari que había sido del hermano de González, pero que ahora era de González. Riquelme y González jugaron al *Space Invaders* durante muchas horas. Las balas verde fosforescente de los terrícolas avanzaban rápidas por la pantalla hasta alcanzar a algún alienígena. Proyectiles iban y venían. González y Riquelme mataron tantos marcianos como fue posible, pero nunca lograron sobrepasar la marca que había hecho el hermano de González un año atrás. Por más que lo intentaron, el combate anti-alienígena fracasó en romper el récord.

Luego de un rato la mamá de González, doña González, les sirvió la leche y les dijo que debían hacer la tarea. Era un trabajo de historia sobre la Guerra del Pacífico, la eterna disputa entre Chile y Perú y Bolivia, y entonces González y Riquelme se sentaron en la mesa del comedor y se pusieron a estudiar. Riquelme no recuerda mucho sobre el trabajo, más recuerda las sopaipillas con azúcar flor que les sirvió doña González, o la fotografía



del hermano de González que colgaba de la pared. Según Riquelme, el hermano de González se parecía mucho a González. Una especie de copia, pero en versión hombre. Quiso preguntar qué había pasado con él, pero no se atrevió, lo mismo que no se atrevió a abrir las puertas cerradas de la casa. Al lado de la foto del hermano de González había algunas medallas colgando también. Todas con cintas tricolores, como ganadas por un atleta o un militar. Había galvanos hechos de cobre, había banderas, muchas mini banderas, de género, de metal, todas pequeñas, como para usarlas en el trabajo de la Guerra del Pacífico, o clavarlas en la conquista de algún territorio marciano.

En eso estaba Riquelme, mirando al hermano de González y las distinciones que colgaban de la pared, cuando llegó el papá de González, don González. Riquelme no lo conocía. Muy pocos lo conocíamos. Era un hombre grande, uniformado, que siempre estaba viajando y que sólo a veces se dejaba ver cuando llevaba a González por la mañana al liceo. Cuando Riquelme lo vio casi se fue de espalda. Don González besó a su mujer y a su hija, le hizo un gesto amable a Riquelme y, luego de saludar, como un ejercicio cotidiano, como quien se saca la corbata para relajarse un rato, don González se sentó en un sillón y se sacó su mano izquierda. Era una mano de palo, como las patas de los piratas. La escondía debajo de un guante de cuero negro.

La mamá de González se dio cuenta del desconcierto de Riquelme. Rápidamente se llevó a su marido y a su mano de madera al segundo piso. González le explicó a Riquelme que su papá había tenido un accidente y que por eso había perdido su manito izquierda. Un policía compañero, por casualidad, tomó una bomba y, por casualidad, le sacó el pitutito. Don González, por salvarle la vida a su compañero policía, hizo algo, nadie entiende bien qué, y tomó la bomba con su manito izquierda, y le estalló en su manito izquierda. Ahora por la noche cuando llegaba a la casa se sacaba la prótesis y descansaba porque las prótesis aprietan y no se puede tenerlas puestas tanto rato. Tenía varias, le contó, las guardaba en un mueble especial. Todas de madera, de raulí, de alerce, todas trabajadas especialmente para él, a su medida, para que no sintiera la falta del miembro ausente.

Riquelme nunca más volvió a la casa de González. La idea de esas manos falsas lo atemorizaba. Alguna vez le tocó trabajar con González de nuevo, pero prefirió invitarla a su departamento donde las manos no se salían de los cuerpos ni los niños colgaban de la pared. El rumor se hizo conocido en el liceo como una especie de mito y nadie, absolutamente nadie, ni Maldonado que se cartaba con González, y que se decía su mejor amiga, se atrevía a ir a la casa por miedo a las manos de repuesto de don González. Decían que había algunas de fierro, otras de plata y de bronce. Alguien dijo que don González tenía una que disparaba y otra que podía apuñalarte porque de ella salían cuchillos. Dedos afilados, uñas calibre 2.5, manos cañón o guillotina. Ahora Riquelme sueña con ese mueble lleno de prótesis que nunca vio y con un niño que nunca conoció jugando con ellas. El niño abre las compuertas del mueble y le muestra las manos ordenadas una por una, alineadas como en un arsenal. Son de color verde fosforescente, como las balas del *Space Invaders*. El niño da una orden y ellas le obedecen como animales amaestrados. Riquelme las siente salir del mueble y avanzar detrás de él. Lo acechan. Lo persiguen. Se acercan como un ejército terrícola a la caza de algún alienígena.

Estoy en un barco de papel lustre. Es un barco grande con un grupo de treinta y cuatro grumetes a mi cargo. Me han pintado una barba negra con corcho quemado y me han puesto un traje de marino, que no es más que mi abrigo azul del liceo con unas intervenciones de cartulina amarilla. Una música infernal sale de un tocadiscos mientras González, que es la más alta de mis grumetes, lleva la bandera chilena entre sus manos y la mueve al compás. Se ve linda vestida de hombre. Tiene bigotes de corcho quemado también y un gorrito blanco de marinero. Yo la miro, pero ella no se da cuenta. “Muchachos, la contienda es desigual”, digo. “Pero, ánimo y valor. Nunca se ha ariado nuestra bandera ante el enemigo y espero que ésta no sea la ocasión de hacerlo. Mientras yo viva, esa bandera flameará en su lugar, y si yo muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber. Viva Chile, mierda”, termino y me lanzo al abordaje del barco enemigo.

Soy un héroe. Todos los años, para el 21 de mayo, me toca serlo. No sé por qué me eligen, no me parezco a Ar-

turo Prat, pero soy igual de valiente y también podría llegar a morir por algo o por alguien. Año tras año repito este desastre continuo que parece no tener fin. Como en un dejavú, ahora me toca morir nuevamente en la cubierta enemiga por mi patria y por mi honor. Igual que el año pasado, y antepasado, y antepasado. Dejo mi barco de papel lustre, salto con mi espada en la mano, pero en el intento de caer donde el enemigo, voy a dar a una sábana blanca que es el mar. No caigo en el barco peruano que construimos ayer en la sala de clases. No hago lo que había ensayado tantas veces.

Con la mirada busco a la profesora entre el público, pero no la encuentro. Quiero explicarle que esto no es mi culpa. No es que no quiera ir a combate, es que esta sábana me atrapa. Caigo en ella y me envuelve y me esconde y me aprieta el cuerpo entero. No recuerdo esta sábana blanca. Alguien la puso aquí a última hora. No era parte de la representación. No era parte de este combate. Quiero pedir auxilio, pero no se vería bien. Soy un héroe, no un cobarde. Y aunque sé que de todas formas voy a morir, igual me resisto e intento sacar la cabeza de este mar de género. Veo a mis grumetes allá en el barco. Todos me hacen señas con la mano derecha. Parece una despedida. González no ha soltado la bandera, la tiene entre sus manos. Se acerca a la baranda, y su cara se moja con gotitas de mar aunque también podrían ser lágrimas.

González está llorando. Dicen que su hermano murió ahogado. Nadie sabe cómo ni por qué. A lo mejor fue así, envuelto en una sábana blanca que se parece al mar. González me lanza la bandera y yo intento tomarla. Creo que es un salvavidas. La bandera me cubre lo mismo que la sábana. Yo me doy vueltas, me retuerzo, me voy por la corriente y me ahogo. Creo que muero bajo el género tricolor.

Despierto.

Ella está sentada en mi cama.

Siento el peso de su cuerpo junto a mí.

Zúñiga, me dice, te salvaste. La escucho entremedio del ruido blanco del televisor aún encendido. Es tarde. Sé que estoy soñando, pero su voz junto a mi oído es tan real como el peso de su cuerpo. Es ella. La luz de la pantalla del televisor la ilumina. La melena negra, las pecas sobre la nariz, un gorro blanco de marinero y el bigote de

corcho quemado algo desteñado por sus lágrimas. ¿Volviste?, le pregunto, y ella sonrío. Siento ese olorcito a chicle entremedio de su pelo. La pantalla del televisor anuncia la programación de un nuevo día. Parte con la canción nacional y con imágenes de todo el país de Arica a Punta Arenas.

Despierto otra vez.

No hay televisor.

Estoy solo y he envejecido.

Santiago de Chile. Año 1994. Ya en democracia, luego de casi diez años de ocurridos los hechos, la justicia chilena entrega su fallo en primera instancia por el secuestro y homicidio de los militantes comunistas José Manuel Parada, Manuel Guerrero y Santiago Nattino, en lo que se ha denominado hasta entonces como el caso “Degollados”. El comando asesino es condenado a cadena perpetua. En la misma pantalla televisiva en la que antes se jugaba al *Space Invaders* aparecen los carabineros responsables. Se ven las imágenes de lo que fue la reconstitución de la escena del crimen. Todo ocurre en un sitio eriazado, camino al aeropuerto Pudahuel. Las víctimas, que habrían sido secuestradas la mañana anterior, llegan en las maletas de dos autos, amarradas y vendadas. En esta oportunidad las víctimas son actores, personas contratadas para representar a los muertos. Los agentes, los reales, nada de representación, recuerdan lo ocurrido hace casi diez años y van sacando a los prisioneros uno por uno. Los conducen un par de pasos más allá de los autos y, sin quitarles la venda de los ojos, los asesinan de una puñalada, degollándolos. Los cuerpos de los actores caen al suelo.

Son seis los agentes involucrados. Se les puede ver con claridad mientras revisitan para el magistrado las acciones cometidas el año 1985. Sus rostros desfilan por la pantalla televisiva uno por uno.

Riquelme es el primero en reconocerlo.

Su cara diez años más vieja no le dice nada, pero esa mano de madera escondida tras un guante negro sí. Es una mano real, no la fantasía verde fosforescente que lo ha perseguido en sueños. A su lado, el tío Claudio del Chevy rojo. “El Pegaso”, así le dicen. El tipo declara haber seguido las órdenes de su superior, don Guillermo González Betancourt. El tipo declara haber apuñalado a

José Manuel Parada mientras su superior observaba desde su automóvil, un Chevette rojo.

Todos lo vemos en la pantalla del televisor. De alguna manera extraña sintonizamos al mismo tiempo la misma imagen.

El barco empezó a hacer agua.

Caímos en la sábana blanca y nos hundimos.

Ahí estamos sumergidos.

No sabemos despertar.

Todo transcurre en una playa desierta. Un lugar con olor a mar donde he llegado junto al resto de mis compañeros. Apúrate, Zúñiga, escucho que me dicen. No seas flojo, no te quedes atrás. Es un paseo de curso. Estamos todos o casi todos, y caminamos a pata pelada por la arena siguiendo a las gaviotas que nos llevarán al mar. Estoy cansado y tengo sed y pienso que desde donde estamos no se ve el agua. Se oye el sonido de las olas, se siente la humedad marina, pero por más que avanzamos, no llegamos a ninguna parte. Quizás no hay mar. Quizás sólo es una idea, un espejismo.

Acosta y Bustamante cantan una canción insostenible mientras avanzamos. Sus voces son agudas, como de buitres, pero nadie se queja, todos caminan y caminan bajo el sol, quemándose el lomo como un ejército de soldaditos que intenta llegar a un lugar estratégico. Quizás estamos en alguna misión y todo esto es parte de una guerra, pero la verdad es que no lo sabemos. Sólo avanzamos con la fantasía de que si seguimos caminando, en algún momento podremos mojarnos los pies.

Luego de un rato, o tal vez no tanto, Riquelme nos para en seco. La marcha se detiene y él habla como jefe, aunque en realidad no lo es. Dice que hasta ahí nomás llegamos porque junto a sus pies acaba de aparecer una gran piscina hecha de arena. No la vimos a lo lejos, pero ahora está ahí. Es un hoyo lleno de agua marina. No es el mar, es un hoyo en medio de la playa y hay que ocuparlo luego antes de que llegue una ola y lo desarme o el mismo sol termine por secar sus paredes y todo se venga abajo. Alguien lo ha construido para nosotros. Hay pa-las plásticas y baldes y rastrillos de colores tirados en la arena. No nos cuestionamos mucho la situación, porque en los sueños nada se cuestiona, así es que de pronto ya estamos todos en pelota bañándonos en la piscina de are-

na. No seas cagón, Zúñiga, tírate al agua, me dicen, y yo lo hago, entro y me sumerjo. Chapoteamos felices, nos hacemos chinitas, nos tiramos piqueros. Riquelme es seco para el agua, así es que entra y sale, y se tira y nos salpica a todos, y es un momento feliz, el único momento feliz, porque el calor se va, porque ya no pensamos en el mar ni en la guerra, porque Acosta y Bustamante dejaron de chillar como buitres, porque por fin tenemos este hoyito de arena donde nadar un rato.

En el sueño pienso en la Batalla de la Concepción. En algún momento la estudiamos en la clase de Historia y cuando fue la prueba yo me saqué un siete. En el sueño recuerdo lo que quiero de esa clase. La profesora con una tiza blanca en la mano anotando nombres y fechas en la pizarra negra. El final de una guerra, creo. La Guerra del Pacífico, la eterna disputa entre Chile, Perú y Bolivia. Escaramuzas bajo el sol, en pleno desierto. La idea de una emboscada, una trampa, y la seguridad de que en esa batalla hubo niños muertos. A lo mejor no eran tan niños. A lo mejor sólo eran como nosotros, un ejército de adolescentes, soldaditos de plomo chapoteando en ese mar falso sin tener mucha idea de qué batalla peleaban. La Historia de Chile me cruza la cabeza cuando Donoso empieza a gritar desesperada.

El tapón, dice. El tapón. Alguien sacó el tapón.

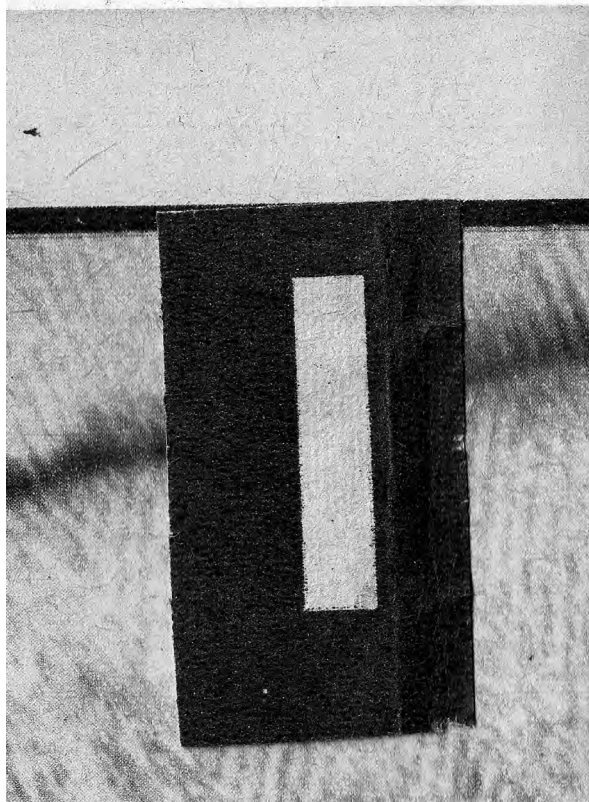
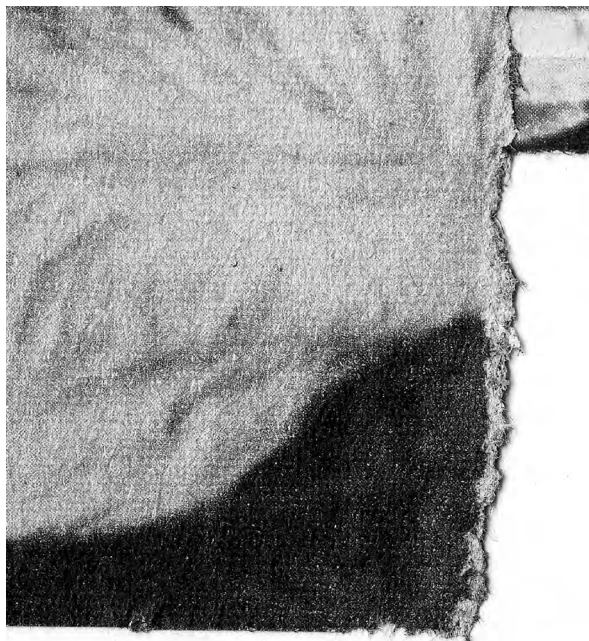
El agua se escurre. Todo se va por un hoyo. Es un hoyo en el fondo de la piscina que comienza a llevarse a mis compañeros. Se traga a Bustamante. Se traga a Fuenzalida. Se traga a Maldonado. Y escucho gritos y el sueño se vuelve peligroso y tengo miedo. Yo sabía que no debía tirarme al agua. ¿Quién tiene el tapón?, grita Riquelme y antes de que el grito deje de sonar en mis oídos, veo que el hoyo se lo traga a él también. Ya no queda nadie. Todos se han ido por el alcantarillado quién sabe a dónde. Y entonces resisto, trato de no caer, manoteo y me afirmo de las paredes de arena, pero la corriente es más fuerte y me succiona y los muros se desarman y me voy. Mis pies entran al hoyo, mis caderas, mi cuerpo, y antes de desaparecer la veo a ella con el tapón entre las manos.

Está desnuda.

Se ve linda. Siempre se ve linda.

La melena negra empapada de mar, el olorcito a chicle.





Perdóneme, Zúñiga, me dice. Por favor, perdóneme. Santiago de Chile. Año 1991. Una mañana de octubre, cuando nuestros colchones ya se han desperdigado por la ciudad y nuestros sueños comienzan a sintonizarse a la distancia, el teniente de Carabineros Félix Sazo Sepúlveda, un completo desconocido para todos nosotros, viste su uniforme de servicio cuando ingresa al Hotel Crown Plaza del centro de Santiago. Con rapidez el teniente se dirige al mostrador de las oficinas de Avis Rent a Car, donde atiende la madre de su pequeño hijo de tres años, Estrella González Jepsen. La joven Estrella de veintiún años, distinta a la de nuestros recuerdos, más alta, más delgada, se encuentra ofreciendo los servicios de la agencia para la que trabaja a un pasajero, cuando el teniente Sazo se detiene frente a ella para apuntarla con su arma, como quien apunta con una mano de madera ortopédica.

Hace un tiempo que están separados. Eso nosotros no lo sabemos, porque la verdad es que después de que se fue del liceo no sabemos nada sobre ella. Ni siquiera Maldonado tuvo más noticias. Pero al teniente poco le importamos nosotros y nuestro desconocimiento, sólo le importa su mujer y ese desasosiego que lo acompaña. Al teniente le cuesta asumir la separación. Por eso sigue a su mujer, la acosa telefónicamente, la amenaza, como se amenaza a un enemigo, a un alienígena o a un profesor comunista. ¡Estrella!, le grita con elocuencia. Nuestra joven compañera apenas alcanza a mirarlo cuando recibe dos balazos en el pecho, uno en la cabeza y un cuarto en la espalda.

Como un marcianito se desarticula en luces coloradas.

El tablero de la pantalla marca cien puntos más.

Ni siquiera así se rompe el récord anterior.

En una acción inútil de blindaje, la joven Estrella se desploma en posición fetal falleciendo en el acto. Inmediatamente el teniente de Carabineros Félix Sazo se pega dos tiros en la cabeza con su humeante arma de servicio y cae al suelo.

Nada de esto lo soñamos.

Lo hemos leído en la crónica roja.

La noticia es referida en los diarios con el siguiente titular: “Mató a su novia y se suicidó en hotel céntrico porque ella no quería casarse.”

Despierto.

Ella está sentada en mi cama.

Siento el peso de su cuerpo junto a mí.

Zúñiga, me dice, te salvaste. La escucho entremedio del ruido blanco del televisor aún encendido. Es tarde. Sé que estoy soñando, pero su voz en mi oído es tan real como el peso de su cuerpo. Es ella. La luz de la pantalla del televisor la ilumina. Está desnuda y mojada. La melena negra enmarañada de arena y sal. Su pubis también. ¿Tus papás?, me pregunta. ¿Los soltaron alguna vez? Yo tengo miedo de hablar porque no quiero que desaparezca. Están bien, me decido a contarle. Viejos, sordos, pero bien. Ella sonrío y me entrega esa carta que nunca me llegó. Está escrita en una hoja de cuaderno de matemáticas. Siento ese olorcito a chicle entremedio de su pelo cuando se acerca. La pantalla del televisor anuncia la programación de un nuevo día. Parte con la canción nacional y con imágenes de todo el país de Arica a Punta Arenas.

Despierto otra vez.

No hay televisor. No hay carta.

Estoy solo y he envejecido un siglo.

Un teléfono público suena en la calle Nataniel Cox,

justo enfrente de la puerta del liceo del barrio Matta. Estamos todos. Nos hemos dado cita aquí y hemos llegado puntuales. La calle está vacía. No hay autos ni gente. Sólo nosotros de pie, vestidos con nuestro uniforme, ordenados en filas junto al liceo como a la espera de un acto cívico o de algún ataque terrícola. De fondo el sonido de la campanilla del aparato insistiendo una y otra vez.

Nos miramos. De alguna manera esperamos este llamado.

Fuenzalida se acerca y responde. ¿Aló?, dice y escucha desde el otro lado la voz de alguien que pronuncia su nombre.

Fuenzalida sabe de voces. No le cuesta nada reconocer quién es la que llama. Incluso ese silencio a la espera de respuesta le resulta familiar.

Fuenzalida nos mira. Sin decir palabra nos da a entender de quién se trata. Alguien respira con nerviosismo del otro lado. Fuenzalida parece desconcertada, pero entiende que una oportunidad así no la tendremos dos veces. Sin dudarle un segundo, responde, y comienzan a hablar.


En la calle, de uniforme y ordenados, escuchamos con atención. 



Foto: Andrés Herrera Valenzuela

Nona Fernández (Santiago, 1971). Es actriz y guionista. Ha publicado el libro de cuentos *El cielo* (Cuarto Propio, 2000) y las novelas *Mapocho* (Planeta, 2002; Uqbar, 2008, Premio Municipal de Literatura de Santiago 2003), *Av. 10 de julio Huamachuco* (Uqbar, 2007, Premio Municipal de Literatura de Santiago 2008) y *Fuenzalida* (Random House Mondadori, 2012). Trabaja como guionista para el área dramática de Televisión Nacional de Chile. En 2004 fundó, junto con Marcelo Leonart, la compañía teatral “La fusa”, cuya última obra (*El taller*) se estrenó en Chile en 2012. En 2011 fue seleccionada por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara entre “Los 25 secretos mejor guardados de América Latina”, que reunía a algunos de los más importantes escritores latinoamericanos aún poco conocidos fuera de sus países.

Patria automática

Álvaro Bisama

Cuento inédito

Me dijo: esto no es ciencia ficción. Me dijo: esto no es nada. Me dijo: un tío de mi abuelo inventó los robots chilenos. Un hermano de su padre. En el siglo XIX. Ese pariente lejano se fue a su fundo cerca de Rancagua e inventó los robots. Me dijo: no eran robots-robots. No eran como los de las películas. No como se los ve ahora. Eran autómatas. Todo eso me lo contó en un local de completos del portal Fernández Concha, a metros de la Plaza de Armas, a metros de la catedral, a segundos del Paseo Ahumada. No sé por qué lo entrevistaba, o sí sé: en esa época estaba dispuesto a perder el tiempo, a merodear entre las ramas. Estaba hecho mierda pero vestía con cierta elegancia. No me habló de su vida. Sabía que no me importaba. Él sólo era la voz de un relato que, tiempo atrás, le había sucedido a los otros. Tenía más de setenta años. Había sido notario pero el juego lo había arruinado. Se había perdido en la noche. Tenía en la Calera un hijo que lo odiaba y una nieta que no conocía. Había escrito un par de libros de poesía que, salvo sus amigos, nadie había leído. Pero estaba el tío del abuelo, la historia del tío abuelo. Chile está lleno de gente así, gente que escapa del olvido abrazando a sus antepasados como si fueran su último aliento. Chile está lleno de gente así, que se aferra a los apellidos, que vive por las historias de otros. Él era de esos. Un profesor de la USACH me lo había recomendado como fuente. Yo escribía algo sobre inventores nacionales para una revista. No era muy importante. Ni la revista, ni el artículo que estaba escribiendo. No incluí nada de esa conversación con él, ese relato del tío abuelo, sobre ese mito medio soterrado, medio risible. Nadie había logrado probar nada pero estaba ahí, como una sombra de una

sombra: la historia del soldado que se puso a crear autómatas en el valle central en la década de 1830. Nadie había visto uno de esos autómatas. Nadie sabía de ellos más que la referencia en una tesis perdida de la Facultad de Ingeniería donde se hablaba de ese intento, donde se decía que estaba este tipo, que una especie de teniente o capitán o un capo del bando de O'Higgins se había ido al campo a crearlos. Eso era todo. Una leyenda urbana de una facultad universitaria. Lo único que quedaba era este tipo; este notario jubilado, este poeta secreto, este hombre amarrado a la historia de su apellido del mismo modo en que un cadáver que se hunde está amarrado a un escombros de fierro. El profesor me dijo que si lo llamaba y lo invitaba a algo el notario me iba a contar lo de su tío abuelo. Tenía razón. Lo hizo con elegancia y con algo de urgencia. Mal que mal, era el último descendiente de la familia: un notario arruinado que bebía cerveza y comía completos delante mío en el centro de Santiago. Eso era todo. Unos cuantos completos, un local que olía a frituras, una historia que tenía que ser falsa.

Yo escuché. Yo escuché al notario que dijo: no se hablaba mucho de ese tío en la familia. Se lo recordaba apenas, se lo recordaba como un energúmeno. Yo no lo conocí. Mi abuelo sí. Él me contó todo lo que le cuento. Ésta es la historia de mi abuelo también. Cuando me la contó yo era casi un niño y él estaba viejo y acabado. Como yo estoy ahora. Las fechas no me las sé todas. Sí sé que era cercano a O'Higgins, que peleó con él en varias batallas, que mató gente y que lo hirieron. Había estudiado en Eu-

ropa. Lo mandaron para allá tal y como se mandaba a todos los cachorros de nuestra clase: para que se fueran de putas y fornicaran en otro idioma, asistieran a unas cuantas clases y aprendieran los rudimentos básicos de la conspiración. Con él les salió más o menos nomás. Frequentó algunos círculos de ilustrados pero se la pasó en clases de matemáticas. Tenía talento para eso. De no ser soldado hubiera sido ingeniero. Según mi abuelo, resolvía las cosas así: como si fueran problemas mecánicos, como partes para ensamblar, como rompecabezas. Cuando volvió a Chile lo enrolaron casi sin preguntarle y como los Carrera siempre le parecieron un par de idiotas petulantés, hizo buenas migas con O'Higgins. Peleaba bien y tenía una puntería decente. Pero sobre todo era un buen táctico. Salvó a O'Higgins de un par de escaramuzas muy feas. Veía salidas posibles en medio del fuego. En medio del humo, la sangre y la pólvora, era capaz de abrirse paso y salir vivo. No sé por qué no estuvo en el gobierno, por qué no le dieron un cargo. Por qué nadie le colocó su nombre a una calle. Ahora hasta un animador de la tele tiene una calle con su nombre. Pero él era leal, se quedó cerca de O'Higgins; le hizo los recados al libertador. Posiblemente conspiró y encarceló tipos, posiblemente torturó y fusiló a algunos. No está claro eso. No hay registros de él trabajando para el gobierno, nadie se acuerda del tío de mi abuelo, del tipo que quería ser ingeniero pero que terminó soldado. Fue fiel a O'Higgins, se retiró de la política cuando lo obligaron a renunciar. Pero no se fue al exilio con él. Volvió al campo, que es otra clase de exilio, creo. Dos o tres años antes se había casado con una menor de edad y ahora era padre de dos hijos. Tenía que cuidarlos. El campo estaba bien. Uno podía desaparecer





en el campo. Tener su propio país ahí, olvidarse de todo y dedicarse a cultivar la tierra que parecía rendir. Según mi abuelo, su tío quiso hacer eso. Quiso quedarse ahí, en el campo para siempre. No meterse en nada. Estuvo feliz por un rato. A veces llegaba gente a pedir trabajo y se quedaban a trabajar en el fundo. Chile estaba lleno de personas dando vueltas, a la deriva en los caminos, familias de campesinos que avanzaban de localidad en localidad intentando conseguir trabajo o comida en ese país nuevo. A veces el tío le daba trabajo a algunos, se quedaban en los graneros, participaban de las trillas, ayudaban en la vendimia. Mi abuelo me decía que no era una mala vida. Su tío no extrañaba la guerra, no extrañaba la política, no extrañaba la ciudad ni la sangre. Se carteaba con el Libertador un par de veces al año: saludos cordiales donde no había ilusión alguna, nada que no fuera la nostalgia de dos compañeros de armas fingiendo que echaban de menos la guerra. He conocido historias de gente así: que abandonan todo por una paz sencilla, por una vida sin tiempo, por unos días iguales a otros. Por supuesto, todo estuvo bien hasta que su mujer y sus hijos murieron. Fue repentino. Primero una sequía y luego una peste que se los llevó. Él los vio morir y quemó los cuerpos. Mi abuelo me contó que los incineró en una pira en el frontis de la casa patronal. Vio arder todo y no se bañó en meses y se dejó el pelo largo y se convirtió en un espectro tiznado que daba vueltas por las habitaciones. Una carta de O'Higgins, remitida desde Lima, le devolvió la cordura. Dijo el notario jubilado: mi abuelo dice que en esa carta, O'Higgins le pedía que estuviera atento, que lo iba a necesitar en su regreso a Chile. Porque el Libertador soñaba con retornar. Hacía arreglos en Perú pa-

ra volverse. Nada demasiado escandaloso ni grave, pero soñaba con volver al país. No lo decía así, pero se notaba a la legua: el Libertador odiaba a Portales y a los que estaban en el gobierno; en el fondo, odiaba un país que, de modo desesperado, se había esforzado por olvidarlo. No sé si eso decía la carta, si llegó a tener esas palabras exactas, pero el tío de mi abuelo las entendió así. Se bañó y se afeitó la cabeza y se limpió los piojos. Dejó de gritar en la oscuridad. Decidió que iba a crear un ejército de autómatas para apoyar el retorno de O'Higgins.

Por supuesto, no sé de dónde sacó la idea. Quizás fue un sueño. Quizás fue la falta de su familia. O la soledad. O el eco de su propia voz gritando en la casa. Mi abuelo indagó con los años y tenía varias teorías y nunca supo la respuesta exacta. Nunca supo cómo llegó mi tío a pensar en los autómatas ni por qué los recordó en el campo chileno, que queda exactamente a medio camino de ninguna parte. Las únicas explicaciones eran anécdotas que, en el fondo, no explicaban nada. Ésos eran los recuerdos que tenía su tío de Europa: una vez que en un salón de criollos ilustrados alguien le habló de un pato mecánico que comía y cagaba y caminaba; otra vez que fue a un espectáculo donde un jugador de ajedrez autómata venció a varios maestros en un pequeño teatro. El jugador estaba vestido de turco y movía las piezas con la mano izquierda. Su semblante era impenetrable: era la parodia de un rostro, el remedo de una cara, el apunte borroso de algo parecido a un cuerpo. Dicen que el jugador mecánico le había ganado en Suiza una partida a Napoleón.

Él vio una partida del jugador mecánico. El ajedrez le importaba un rábano pero sabía mover las piezas, podía entender. Según mi abuelo, a su tío le asombró ese rostro impenetrable y la precisión de sus movimientos. El ingeniero aún no se volvía soldado. Se concentró en esa mano de madera troquelada que movía las piezas con una elegancia triste hasta deslizar a sus oponentes a un jaque mate tan humillante como irreversible. Se concentró en la triste parsimonia del autómata, en la ausencia de sonidos y de emoción, en la claridad de la máquina a la hora de cerrar cada jugada. Nunca pensó lo que con los años se supo del jugador de ajedrez turco: que era un truco, que había un sujeto encogido dentro de la caja, que la maquinaria del autómata era sólo humo y espejos. Eso lo vio en París y luego regresó a Chile y se sumergió en la guerra y la conspiración, y luego se fue al campo, y el campo y la peste acabaron con los suyos hasta que le llegó esa carta lacrada de O'Higgins. Y ahí lo recordó todo: se acordó de los autómatas, del ajedrez, de la sombra del pato mecánico. Y fue ahí donde decidió crear un batallón, un ejército, una legión de autómatas para apoyar a O'Higgins y su retorno.

Lo logró: tenía talento. Volvió a estudiar mecánica, consultó libros, se puso al día con la técnica. Transformó esa casa patronal de pilares de madera y adobe en un taller, en una factoría. Se dedicó a estudiar un año completo. Se sumergió en enciclopedias, en manuales, se carteó con expertos. Aprendió de a poco. Tardó cinco años en los primeros autómatas. Primero replicó el pato, que si bien no

pudo volar, podía moverse por el campo. Luego fabricó una gallina mecánica. Luego un perro. Eran simples pruebas, juguetes a cuerda a los que les faltaba un ojo o un ala. Pero la gallina sí ponía huevos. Y el perro ladraba, aunque ese ladrado fuera más bien un quejido, el suspiro asmático de los órganos de metal de la máquina cuando llegaban a algo parecido a la asfixia. Mi abuelo me dijo que si ibas a verlo al campo, estaban ahí: todos esos animales mecánicos dando vueltas por los jardines del fundo, como si fueran una fauna verdadera. Pero crear a los soldados fue un problema. Una cosa es diseñar una bestia, la otra, intentar darle vida a un soldado y luego enseñarle a matar. Lo logró. Creó varios modelos: replicó órganos, extremidades, ojos, narices, bocas. Les pintó las mejillas para dotarlos de rubor, talló las cavidades de las orejas, les colocó un corazón de lata en su sitio. Mi abuelo me dijo que nunca vio los diseños, que su tío los guardaba celosamente en una habitación cerrada. No se preocupó por el alma de sus creaciones. Esto no era un cuento infantil, no era literatura. Por lo mismo, sabía que estaba creando máquinas de matar, que aunque tuvieran algo parecido a eso, algo que pasara como un espíritu inmortal, lo iban a perder de inmediato. Que el alma era una pendejada para filósofos de folletín, para ilustrados de última hora como ese imbécil de Andrés Bello, para los pobres curas huevones preocupados de almorzar gratis en la casa de los fieles. Por lo mismo, liberado de las honduras de cualquier debate moral y pensando como hombre de ciencia, hizo modificaciones *ad hoc*: cuchillas que salían de los dedos de pino, pequeños explosivos que lanzaban esquirlas de latón o mangueras que vomitaban aceite caliente por la boca. Diseñó uno a uno sus soldados. Los construyó pacientemente y luego les enseñó a marchar por un pequeño campo de Marte que hizo arrancando unos sembradíos. Los soldados eran más de cien. No hablaban. Estaban pintados con los mismos colores del uniforme de los húsares de la Independencia. La energía la sacaban de un complejo motor a cuerda y las articulaciones estaban hechas de una estructura de poleas hidráulicas. No podían sonreír. La boca era un rictus congelado, el silencio su única mueca, el aire frío, la sangre que estaba entre la madera y el metal. Nunca anduvieron demasiado bien: eran lentos, se atacaban entre

ellos, explotaban solos, el polvo se les metía dentro de las articulaciones, la cuerda les duraba cinco o diez minutos. Quietos, se veían preciosos y amenazantes, como la promesa de una sombra de la muerte que alguna vez sacudirá los valles. En movimiento, por el contrario, parecían un sainete cómico actuado por juguetes. Mi abuelo se dio cuenta de eso: una gallina mecánica es divertida y entrañable, un hombre de lata armado es peligroso o patético.

Tardó demasiado en construirlos. O'Higgins nunca volvió a Chile. Murió en el exilio. El tío de mi abuelo no se enteró. Ya había cerrado las puertas de su hacienda al mundo, donde probó una y otra vez a sus soldados hasta fallecer en el sueño en 1850, antes de que estallara en Santiago una miniatura de rebelión liberal para la que, tal vez, sus soldados quizás hubieran servido en los piquetes. Nunca supo de ese aborto de revolución. No alcanzó a ver cómo el país era capaz de inventarse sus propias tragedias sin tener que recurrir a las europeas. Lo enterraron en el cementerio familiar de la hacienda. No hubo funeral vikingo para él sino más bien una ceremonia sin sacerdotes, llantos o canciones. Salvo para la familia, las puertas del fundo permanecieron cerradas al resto del mundo. Mi abuelo y sus hermanos se encargaron de ordenarlo todo. Sus padres no querían saber del tío que era para la familia, a la vez, dos cosas vergonzantes, un traidor y un loco. Así que ellos fueron al campo y embalaron todo: los animales, los soldados, el taller. No pudieron dar con los planos. Les dijeron a los inquilinos que se llevaran lo que quisieran de la casa. Abrieron una fosa en la tierra y enterraron a los soldados envueltos en sacos de harina. Mi abuelo me contó que mientras cavaban escuchó el sonido de los ojos de porcelana de algunos soldados abriéndose y cerrándose mientras cada paletada caía sobre sus rostros tapados por los sacos blancos. Me dijo que imaginó las cuchillas saliendo de las yemas de los dedos. Me dijo que pudo ver cómo algunos movieron los brazos, agitaron las piernas. No habían peleado en ninguna guerra, nunca fueron otra cosa que cadáveres de pino y latón. Me dijo que el sonido de esos cuerpos de metal agitándose en la fosa y chirriando lo

acompañó por años como pesadillas. Me dijo que luego él y sus hermanos quemaron la casa hasta sus cimientos, esperaron que el incendio se apagara y luego se fueron. Vendieron el fundo. Olvidaron dónde quedaba. Chile se llenó de nuevos caminos y nuevas guerras y el regreso del Libertador pasó a ser una postal, una pintura, una especie de sombra pelirroja que presidía los discursos oficiales; a lo más, un recuerdo sin sangre. Mi abuelo me dijo que nadie se acordó de mi tío y que por eso me contó esa historia, dijo el notario jubilado. Que yo lo creyera o no, era irrelevante. Ahora yo se la narro a usted, dijo, le relato la vergüenza y el mito de mi familia. Ahora no es más que un cuento, dijo. No es algo que tenga más espesor que esos poemas míos de los que tampoco nadie se acuerda porque nadie los leyó, dijo. En alguna parte es-

tán esos soldados durmiendo bajo la tierra, soñando con quizás qué cosas, con una guerra que nunca nadie alcanzó a librar.

Me dijo el notario jubilado antes de irse, antes de desaparecer entre el olor a comida y la multitud y el ruido: subido arriba del caballo, lo último que vio mi abuelo del fundo de su tío fue una gallina mecánica caminando por el jardín. No se lo contó a sus hermanos. Se quedó con esa imagen antes de empezar a olvidar. Una gallina mecánica moviéndose en medio de la maleza, una gallina mecánica en medio del pasto seco, de las cenizas, avanzando hacia el valle. P

Foto: Carla McKay



Álvaro Bisama (Valparaíso, 1975). Es profesor de literatura y crítico literario. Ha publicado los libros de ensayo y crónica *Zona cero* (Gobierno Regional de Valparaíso, 2003), *Postales urbanas* (Aguilar, 2006) y *Cien libros chilenos* (Ediciones B, 2008); el libro de relatos *Death metal* (Estruendo Mudo, 2010), y las novelas *Caja negra* (Bruguera, 2006), *Música marciana* (Emecé, 2008), *Estrellas muertas* (Alfaguara, 2010, Premio Municipal de Literatura de Santiago 2011, Premio Academia 2011 de la Academia Chilena de la Lengua), *Ruido* (Alfaguara, 2012). Ha colaborado en revistas y periódicos como *Rolling Stone*, *Etiqueta Negra*, *PRL*, *La Tercera*, *The Clinic*, *El Mercurio*, *Qué Pasa*, entre otros. En 2007 fue seleccionado por el Hay Festival para Bogotá 39, como uno de los narradores menores de 39 años más importantes de América Latina.

Casas sin número (fragmento)

Cynthia Rimsky

Novela inédita

ventana 1 / norte

La ventana de la derecha es la única de las cuatro que no lleva visillos a ninguna hora del día. A pesar de que exhibe con impudicia los vidrios descubiertos, por más empeño que pongo en mirar la vida que se lleva dentro del cuarto, me encuentro con que el vidrio refleja lo que ocurre fuera. Al echar la cabeza hacia atrás veo que las ramas de la falsa acacia que crece de este lado se miran en la ventana de la casa de al frente como en un espejo; se miran y se agitan. Abro mi ventana para que entre la agitación. Entran los sonidos de la calle.

Sólo una vez vi abiertas las ventanas de la casa de al frente. Sucedió un fin de semana. El médico me había aconsejado no caminar y pasaba las horas sentada en el escritorio. Hasta mi ventana llegó la música de una radio. Eran las ventanas de la casa de al frente. A hurtadillas espí las paredes de adobe pintadas de damasco; la ampolleta colgaba del techo, la luz blanca seguía a trompicones lo que ocurría en el piso, los invitados eran pocos. A la mañana siguiente las ventanas despertaron del sueño con los ojos hinchados. Ni para ventilar las volvieron a abrir.

Tres de las cuatro ventanas lucen visillos. La gasa en la que fueron confeccionados debió entrar a la casa transparente y el tiempo se encargó de engrosarla. Aunque corre brisa, la brisa no la agita. Como las ventanas están obligadas a mirar hacia el sur, el sol se ve compelido a entrar por la puerta de los cuartos, desde una galería que corre de poniente a oriente. Por las ventanas sólo entran sombras. He visto a las ramas de la falsa acacia sentarse en el sillón, ponerse de pie y desaparecer.

La casa de al frente tiene una segunda hilera de ventanas que da hacia el poniente. Desde el escritorio no las alcanzo a distinguir. Hacia adentro veo mi pasillo, la cocina, el refrigerador. Lo único que encuentro en el refrigerador es un trozo de queso, algo de pan y un concho de vino de la botella con la que me pagaron una clase magistral que di en una universidad privada. Días después, en un coloquio me obsequiaron un grabado de Toral. Una amiga dijo que le puedo sacar doscientos mil pesos, pero tendría que encontrar a un ricachón que le guste Toral; ella piensa que los grabados son un negocio que un funcionario de la universidad tiene con Toral y que, mientras Toral se sienta en una mesa con mantel, atendido por su mujer, yo estoy tostando el pan de ayer. A mí me preocupa más qué haré con los objetos que están entrando a mi casa en vez

de entrar a mi cuenta corriente; sería terrorífico que terminara ocupándome de vender los productos que me entregan a cambio de mis pensamientos.

El médico dijo que en caso de una urgencia podía bajar la escalera de a un escalón. Al salir de la panadería me encuentro con que han restaurado las ventanas de la casa de al frente que dan al poniente. No recuerdo la última vez que, entre todas las ventanas de la esquina, me fijé en ellas. La mano de pintura que se encargó de renovar el poniente se detuvo justo en el vértice de la casa. Del poniente quedó la casa renovada y del sur, la casa anterior. Como límite, la mano de pintura dejó a la única ventana con balcón que mira hacia las cuatro direcciones del viento.

El dueño de la panadería me cuenta que ahora allí alquilan cuartos a extranjeros. Me cuesta imaginar que la parte de la casa que da al sur maneje el negocio del poniente. Tal vez un nieto se percató de que los visitantes extranjeros vienen con el sueño de vivir en casas de adobe y pidió permiso para remodelar la parte de la casa que las sombras ya no usan; si no pidió permiso, debió tomárselo. Eso podría explicar los mosaicos con aire falsamente antiguo que mandó a poner en el frontis, el rescate de las maderas de las ventanas y de la escalera. Las sombras del sur deben considerar que la inmortalidad del poniente no tiene que ver con ellas y, en vez de abrir las ventanas y refrescar la casa, echaron los visillos y arrojáronse a la siesta.

La que puede saber lo que ocurre en la casa de al frente es mi vecina y dueña de la fuente de soda, que viene subiendo la escalera.

¿Supiste la novedad?, pregunta al ver mi cabeza asomada a la puerta.

Imagino que va a contarme algo acerca de los extranjeros que viven en las ventanas del poniente, pero no.

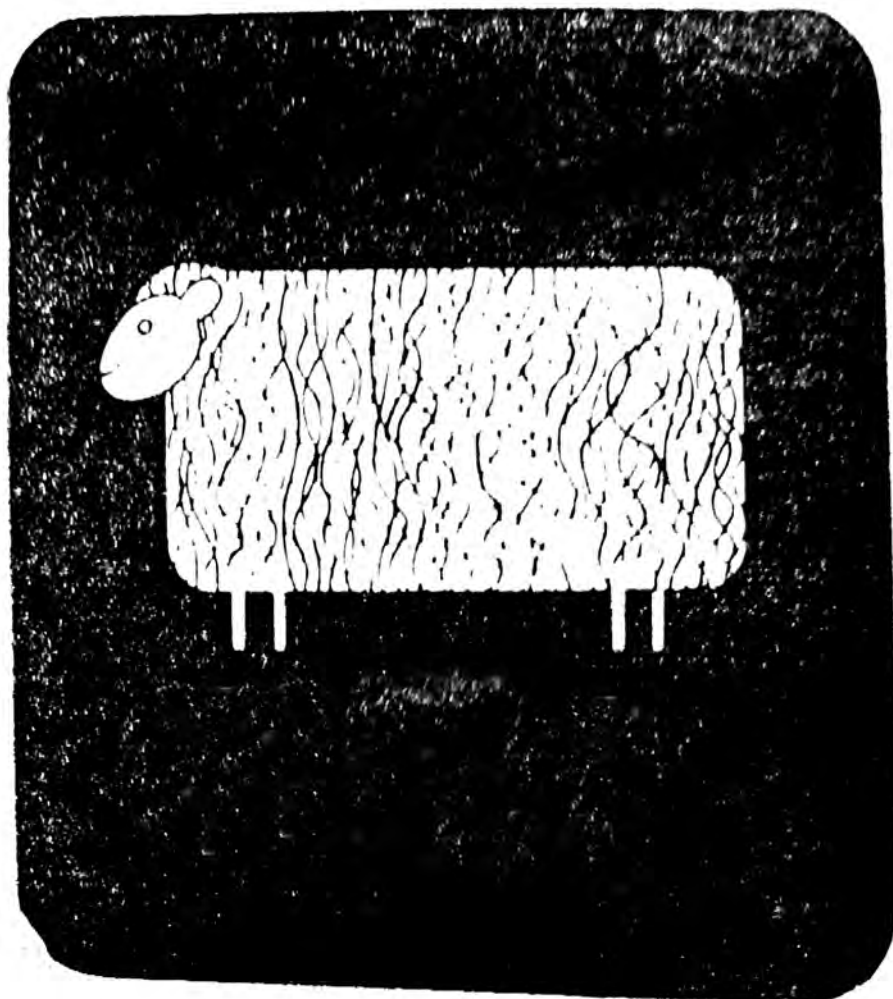
Me compré el departamento de la Virgi.

¿Ya no vive más aquí?, le pregunto asombrada.

A mi vecina no le cabe en la cabeza que, viviendo en el cuarto piso, desconozca yo lo que ocurre en el segundo. Tiene razón, no es comprensible.

La Virgi ha estado en todos estos asilos de ancianos —mueve sus dedos gordiflores— pero no se ha podido acostumbrar, así que ahora se la lleva un sobrino para Buín.

La señora Virgi es la más antigua habitante del edificio. Toda su vida útil trabajó como profesora normalista y jubiló como tal. En ambos terrenos es virgen, al menos eso me contó mi vecina: Virgi es virgen. Cuando todavía le funcionaban las piernas, las tardes



en las que hacía buen clima, atravesaba el centro hasta el Teatro Municipal y, por el otro lado, llegaba hasta Rosas; atildada igual que hace treinta años.

La vez anterior que encontré a mi vecina, también me habló sobre Virgi; se quejó de que la tenía loca. Llamaba todos los días a la fuente de soda para que le cruzaran el almuerzo y luego reclamaba que la comida estaba mala.

Siempre a la hora en la que tengo más clientes. Si no fuera porque tengo buen corazón, se quejó entonces.

Estando las ventanas del departamento de Virgi situadas igual que las mías, el paisaje que tengo al frente es lo que ella veía mientras telefoneaba a la fuente de soda para reclamar el almuerzo que tardaba. Yo vivo dos pisos más arriba. Ella dos pisos más abajo; aunque no podía mover las piernas, casi podía tocar con sus dedos las cabezas de los cerrajeros que trabajan en el kiosko, del diarero, del dueño de la otra fuente de

soda que hace la competencia a la de mi vecina; contabilizar los autos, distinguir a los taxis de los camiones repartidores; atender los movimientos de los dos cuidadores de autos; acompañar las horas muertas de la peluquería y las horas pico de la fuente de soda, seguir a la garzona con la bandeja mientras cruzaba la calle, apurada, le dejaba el almuerzo apurada y se marchaba. Estando tan cerca, ninguno de ellos la veía acercarse a la bandeja plástica con olor a cloro, mirar la sopa y el guiso que todos los días se le atragantaba, levantar la bocina del teléfono y esperar a que desde el otro lado de la calle, en la fuente de soda, mi vecina le respondiera que no tenía tiempo para atender sus quejas.

Un día, sobrepasada por el trabajo que le demanda la fuente de soda y por un marido incapaz de llevar la fuente de soda, mi vecina le llegó a decir que si no le gustaba la comida de la fuente de soda, se buscara otro lugar.

En ese último año las piernas de Virgi ya no sostenían los alimentos que necesitaba para cocinar en su departamento. O conseguía una forma de alimentarse o no podría seguir viviendo sola. Fue lo que subterráneamente le dijo mi vecina. Lo mismo el sobrino. Virgi consiguió una mujer que una vez a la semana le compraba alimentos y se los cocía, pero se aburría de limpiar las ollas que Virgi quemaba al calentar la comida que la otra congelaba.

Me pregunto cuán grande habrá sido el corazón de mi vecina; cuánto influyó el sobrino para que Virgi vendiera su departamento y se fuera a vivir con él y con su familia a una casa tan lejos de sus paseos por el centro. Cuántas veces le hará ver el sobrino que no le está yendo bien en los negocios, para cuántas sacadas de apuro alcanzará el dinero que ella guarda en el banco. Lo más curioso es la motivación que indujo a mi vecina a quedarse con el departamento del segundo:

Cuando llegue a vieja, no me van a dar las piernas para subir hasta el cuarto piso así que voy a vivir en el departamento de la Virgi y arrendar aquí arriba a extranjeros.

Subo la escalera lentamente hasta el cuarto piso. Al llegar arriba, reparo en que mi vecina tiene cinco años menos que yo. En la casa de al frente, las sombras se ríen.

ventana 2 / norte

El socavón está a pocos metros de la cumbre del cerro San Cristóbal. No todos los días es visible. Hoy amanece nublado y no se ve. Ayer domingo se veía. Puede tratarse de un corrimiento de tierras, producto de un terremoto o de una lluvia, o vino de la mano del hombre y de sus máquinas. Para llegar allí, hay que subir en el funicular hasta el Santuario de la Virgen y descender caminando; quién sabe si habrá sendero. La búsqueda de la verdad demanda un gran esfuerzo. Tuve fuerzas para colgar un ventilador de aspas y poner persianas en las ventanas que miran hacia el poniente. Pasado el mediodía, reúno fuerzas para encender el ventilador y bajar las persianas. Me tiro en el sofá, no miro el techo, miro la ventana y por la ventana me encuentro con el socavón.

En el año 1904 se puso la primera piedra del Santuario de la Virgen del cerro San Cristóbal. Desde entonces casi todos los gobiernos hicieron una modificación. Si

inaugurar obras todavía hace subir las encuestas, por muchos años la obra preferida de las autoridades fue el Santuario de la Virgen. Había un electorado más católico que halagar. El más reciente inaugurador de obras fue el presidente Ricardo Lagos, una de sus últimas inauguraciones fue la de un tren inexistente entre Santiago y Puerto Montt.

En una de las remodelaciones al Santuario, el empresario que se adjudicó el contrato debió preguntarse para qué voy a comprar tierra en una cantera si en el cerro tengo gratis. El que vino después pensó: uno más no se va a notar. De tanto meterle mano, en el cerro quedó un socavón, el socavón fue adquiriendo la forma de un altar.

No encuentro persona que quiera ayudarme a saber lo que ocurrió. La mayoría desconoce que el cerro tiene un socavón y cuando les explico en qué parte se encuentra, no parece interesarles, me arriesgo a pensar que no le encuentran asunto a mi dedicación.

Una de mis mejores amigas opina que no es beneficioso pasar el verano pensando en un socavón y me invita a visitarla al sur. En el bus de ida me hago un esguince en la rodilla izquierda y, en el de vuelta, en la derecha. Vuelvo al socavón.

Un vecino que encontré comprando pan en el almacén me cuenta que escuchó decir a su padre que la tierra del cerro fue usada para construir una obra en otra parte de la ciudad, no recuerda si en el río Mapocho o dónde. Le pido que le pregunte a su padre si recuerda algo más, pero su expresión me dice que no le encuentra sentido a que su padre recuerde.

Si hubiesen sacado tierra de lados diferentes del cerro no se habría formado un socavón; en las hendiduras crecen arbustos, maleza y a las piedras que ruedan les dan ganas de asentarse. El método es menos dañino para el cerro pero los empresarios tienen idea fija de que el tiempo es oro. Resulta difícil de creer que ningún empleado vio pasar los camiones cargados con tierra. Son empleados fiscales, cometieron traición a la patria al cerrar los ojos ante el saqueo; hubiese sido fácil probar el delito, la tierra deja un rastro. Pero la autoridad prefirió dar la orden de barrer la huella, no la falta.

Las primeras noches de invierno arrojan una sucia neblina sobre la ciudad, la niebla cubre la Virgen y el Santuario, yo sigo viendo el socavón. 📍



Foto: María Aramburu

Cynthia Rimsky (Santiago, 1962). En 2001, tras visitar los países de donde emigraron sus antepasados, publicó la novela *Poste restante*, que obtuvo el segundo lugar en el Premio Municipal de Literatura de Santiago, y que fue reeditada en 2010 por Sangría Editora. En 2002 recibió la beca Fundación Andes para residir un año en el norte del país y escribir *La novela de otro* (Edebé, 2004). En 2009, tras un viaje por Europa Central y del Este, publicó *Los perplejos*, que combina el viaje con su personal investigación sobre el filósofo cordobés Maimónides. En 2008 obtuvo la beca de creación literaria para escribir *Ramal*, novela con fotografías publicada por el Fondo de Cultura Económica en mayo de 2011. Colabora en revistas y sitios virtuales. Imparte clases en universidades y realiza talleres de escritura de viajes.



Si me llevas a Guadalajara, dejo de comer lácteos

Claudia Apablaza

Cuento inédito

Para Andrés

Hola, San Expedito. ¿Cómo estás? Supongo que igual que siempre y siempre estás igual, con tu cara de yeso y tu mano en alto, pero siempre te siento cerca y eso es lo que importa. Siempre siento que estás aquí, al lado mío, te siento cerca y muy cerca y siempre te voy pidiendo cosas y bueno, sé que casi todas las cumples y siempre me ayudas en todo lo que necesito, sé que lo haces como puedes. Sé que no es fácil para ti hacer mucho más de lo que puedes, pero sé que también puedes hacer muchas cosas de las que haces, eso es lo que intuyo, porque supongo que la fe es ilimitada y las cosas éstas se piden desde la fe, ya que siempre que te pido algo, me ayudas, como por ejemplo, cuando me ayudaste a encontrar trabajo con la Virgencita, esa Virgen, no recuerdo su nombre ahora, pero que tiene un altar precioso en la catedral del mar, en el Borne, en Barcelona. Es una bella Virgen, a la que visito cada vez que necesito algo y siempre me ha ayudado, siempre, siempre. Siempre está para mí. Incluso, fue tan raro cuando me robaron todos mis documentos afuera de esa iglesia. Justo en la escalera de la iglesia, esa noche del 29 de mayo en que celebrábamos el triunfo del Barça, y de repente, a las 2 am me paré al baño de un bar, mientras mis amigos se quedaron en la escalera esperándome y tomando cerveza y ¡plaf! Me robaron todos mis documentos. Incluso el pasaporte, incluso las tarjetas, el pasaje de regreso, que obviamente podría imprimir en la esquina. Pero luego tú me ayudaste, me dijiste que me robabas todo por algo, dándome una señal, y que me robabas algo por algo, y ese algo lo comprendí más tarde, ya que esa noche fue cuando conocí a Adrián, mi especie de pareja desde entonces, y por algunos meses. Y sí, Virgen y San Expedito queridos, sé que me intentabas decir que con ese hombre sería inmensamente infeliz. Que ese hombre me haría daño, sufrir y demás, que perdería todas esas identidades logradas en años de viaje y trabajo. Pero así fue, Virgen querida: me lo hiciste ver y me robaste todo en las escaleras de la entrada a tu casa esa noche del 29 de mayo de 2011 en el barrio del Borne.

San Expedito, quería pedirte algo puntual hoy. Como te decía, sé que te he pedido mucho estos meses, estos años. Pero sí, creo que tengo el derecho. Quiero ir a Guadalajara, querido San Expedito. Una ciudad hermosa, preciosa, quiero ir a conocerla. Quiero ir, quiero ir. ¿A qué? Qué sé yo. A cualquier cosa. Quiero estar allí, con todos ellos, todos ellos y yo y estar, estar, estar en ella y ella estar en mí. No dejar de estar ahí. Pen-

saba dejarlo todo, dejar esas noches con A. Dejar el twitter, las noches con ellos, los poetas, y esas fiestas como la de anoche en que estaba A. leyendo en ese bar del barrio Yungay, y a la que llegué con P. y HH, estaban todos ellos: A. B. X. y todos ellos y nos pedimos una botella de vino, una piscola y yo hace tiempo que no veía a A. porque había huido de esa intensidad emocional, ya que él tiene una novia que va a llegar de otros países, entonces mejor pensé abandonar la posibilidad de dar esa emoción, aunque cuando lo veía me daba cuenta que no podía abandonar esa emoción, San Expedito, y no es algo que sea yo del todo, sino que es el vino que está ahí para recordarnos que esa emoción existe, que nos pertenece, que va a fluir de un momento a otro, entonces mejor no llamaba a ese A., San Expedito, para no fluir en esa emoción que al final no es más que corporal, pero estábamos en el bar cuando me di cuenta de esto. A. leía sus textos y ya no pude contenerla, contener esta emoción del vino, y terminó su lectura y subimos todos al auto rumbo a su casa, y yo decía quiero contener esta emoción, quiero contenerla, dejarla ir lejos de mí, pero se subió al auto y comencé a gritarle que ella era muy fea, incluso horrible, que la novia que llegaría de otras ciudades era muy fea, y de seguro tonta, San Expedito, y me dio tristeza, detuve el auto, P. me dijo qué te pasa, contrólate. Yo le dije, lo siento, no era mi intención, y seguí en el auto y A. iba adelante y le dije que ella era tan fea, tan horrible, que la dejara, que se quedara conmigo, y que de verdad lo amaba en ese momento, y P. me miró con cara de qué te pasa, y llegamos a la casa de A. y estaban todos esperándonos, se daban besos y bailaban y se tomaban las botellas de ron como mamaderas, hasta el fondo y bailaban y se daban muchos besos y le dije a A. que me perdonara y me dijo perdonarte de qué y noté que se le olvidó todo lo del auto en un segundo, porque él también estaba borracho y comenzamos a bailar, y había dos chicas y las miré con odio porque se acercaban a A. y le dije a A. que lo amaba, y me dijo que no aparecía hace tiempo, he estado enamorada, lo siento, le dije, no podía venir, me dijo que no le dijera que lo amaba, le dije que sí quería decírselo, y después le dije mi amor y me reí en su cara, y no sé porqué me reía en la cara de A. y no sé porqué le decía mi amor, y lo único que quería era follármelo en el baño y le dije que nos fuéramos al baño, me dijo que yo era romántica, no sé, le dije, ok, te amo, A.; yo te sigo, me dijo y me fui al baño y entró, cerró la puerta y se puso a mear, luego yo, y cuando me puse a mear, A. sacó la pija y me la metió en la boca y comencé a chupársela y no me salía el pis, conchadetumadre, dije, y no me salía el pis, lo siento,



San Expedito, estaba descontrolada y quería más alcohol, porque la verdad es que amaba a JP, no a A., pero A. me producía esa calentura y le chupaba la pija y no se iba, y a mí no me salía el pis, y estaba aún sentada en el wáter y le dije trae un condón, pero no podíamos porque afuera había dos personas en la cama y no queríamos salir del baño y me paré del wáter y me saqué la ropa y le saqué la ropa a A. y comenzaron a golpear porque querían entrar al baño y les dije que estaba ocupado, que lo sentía, que se fueran, y todos seguían bailando allá y se daban besos y en la cama estaban dos que ni

conozco y tres luego y le dije a A. que lo amaba y me di la vuelta y A. me lo quería meter por atrás y le dije que no, que por ahí no, que nadie me lo había metido por ahí y me dijo que no me preocupara, que no iba a metérmelo por el culo y me bajé el calzón, pero me acordé que A. estaba sin preservativo, entonces le dije que no, y nos tocamos solamente y ya había pasado mucho rato y todos golpeaban la puerta y querían tirarla abajo y A. me dijo vistámonos mejor y le dije, ok, vistámonos, hijo de puta, te odio ahora, y nos vestimos y salimos como si nada, y yo decía nunca más, nunca más, nunca más, San Expedito, y P. me dijo afuera qué hacías, nada, y me dio un beso en la mejilla, y me dijo qué linda, y después beso a un chico que estaba al lado y luego a otro y una chica que bailaba casi se cayó encima de mí y comencé a mirar a A. que se sentaba encima de una chica y me puse a hablar con H. y con K. y A. me miraba de lejos, oí a esa chica, iba a ir a decirle a A., pero A. se paró y fue y me abrazó y le dije te amo, y me dijo que eres romántica y le di un besito y le di otro y su amigo E. nos puso la mano entre nuestras bocas y luego A. se fue y quería besar a otra chica y E. me dijo estás muy enamorada de A. y le dije sí, pero mañana en la mañana se me pasa, y E. me dijo qué quieres, le dije que se yo, le dije que no sabía qué quería que pronto me iría de viaje, le dije es que A. tiene una novia lejos que va a llegar pronto y E. me dijo juega con él, o juega, tal vez se enamora, y volvió A., porque al parecer la chica no le dio un beso y lo arrinconé en una esquina y le metí la mano por el pantalón y le agarré la pija, y estaba oscuro, nadie nos veía, la tenía muy dura, los chicos bailaban y se besaban atrás de nosotros, la curada que nadie conocía intentó salir al balcón, todos la detuvieron, estábamos en el sexto piso y podía caerse y matarse, y le dije que no saliera, no salgas, pendeja, no seas estúpida, y no salió y seguimos bailando y nuevamente me agarré a A. y me lo llevé a la pieza y volví a agarrársela, y allí había tres en la cama y cerré la puerta y le dije ahora sí que lleva un condón y metió la mano a la mesita de noche y agarró tres condones y nos fuimos al baño, nos quitamos la ropa, lo tiré a la tina sin agua, y lo acosté y me senté encima de él y comencé a subir y bajar y le dije A. te amo demasiado, tengamos un hijo ahora, maldito A., y subí bajé tantas veces y no acabamos, parece que habíamos bebido demasiado y me dijo mañana, mañana voy a verte a tu casa y yo sabía que era mentira, le dije no, yo quiero ahora, y me decía, no, mañana estoy a las siete en tu casa, yo le decía, no, yo quiero acabar ahora y me decía no sabes todo lo que me calientas, y subí y bajé tantas veces que no me la creía, no sé cómo me mantenía de pie en esa tina sin agua y A. no me hacía acabar y lo odiaba a ratos porque no me hacía acabar y se lo dije, te odio, estúpido A. y después le decía que lo amaba por siempre, que no me dejara nunca, pero yo sabía que era mentira, que no era verdad eso que A. me decía, y tampoco era verdad que lo amaba y que al día siguiente estaría nuevamente amando a JP y miraría su twitter y su facebook y lo googlearía y lloraría por JP arrepentida y que obviamente estaría arrepentida, es que me cuesta no tirarme a A. es que A. tiene algo que me tira y ninguno de los dos acabó, no acabamos, nos vestimos, nos pusimos la ropa y no alcancé a ponerme la polera y entraron AF y G. al baño y me vieron vestirme y A. salía apurado y yo le dije antes de que saliera: A. ojalá ella no llegue jamás y me dijo lo siento va a volver y la amo a ella y salimos todos del baño y seguimos bailando afuera, y volví a besar a A. y le agarré el culo delante de

todos, dos, tres veces y le metía la mano bien por abajo y se la sentía dura y sabía que al día siguiente estaría arrepentida y me puse a bailar y le dije a varios que amaba a A. y de repente me dio tristeza y luego rabia con A. y me puse mi abrigo, le dije a todos me voy, pero no me atrevía a irme, porque supuse que jamás volvería a ver a A. y eso era lo más triste, porque sabía que lo amaba en ese instante, pero que no insistiría en buscarlo porque de verdad no lo amaba, es decir, sólo lo amaba en ese minuto en su casa y todo el tiempo que eso durase, pero si me iba a mi casa volvería a pensar en JP y estaría arrepentida de todo y te pediría perdón, San Expedito, y te haría esta manda para que realmente me invitaran a Guadalajara, y A. se me acercó y él dijo, quédate a dormir, podemos dormir juntos, y le dije, de verdad y me dijo mejor no, es que no hay camas y están todos acostados en mi cama, además que tengo una amiga que me quiero tirar y yo le dije, maldito A. para qué me dices estas huevadas y le dije, lo siento, me quedo, A., y me dijo, no, no te quedas, te vas y te vas, mejor vete y se fue a bailar con esa chica horrible que me decía que quería dormir esta noche, y le grité de lejos, te gustan las feas, te gustan las horribles y no me hizo caso y trató de besar a la chica y la chica no lo pescó, y me dio lo mismo me puse el abrigo nuevamente y abrí la puerta sin despedirme y salí del departamento, llevaba la bota mal anudada, se me había roto cuando A. me la tiró fuerte en el baño y me subí al ascensor y me despedí del conserje y le dije buenas noches, señor, muchas gracias, salí del edificio y me subí al auto y tuve miedo de unas luces que se veían en la Alameda y luego Manuel Montt, pensaba todo el tiempo que eran los pacos y que me llevarían a algún sitio, pero jamás me miraron los pacos, no les interesaba llevarme a ningún sitio, y luego un auto se paró en el semáforo y miré y era el auto de JP, pero él no lo conducía, iba otro hombre muy guapo dentro, y lo miré y me miró y me puse a llorar, porque extrañé a JP, que hace tanto que no lo veía, y lloré todo el camino, y abrí la puerta de casa, entré, me tomé un café, agarré un rato un libro, y me dormí encima de la cama con el abrigo y la bota mal anudada y me desperté a los quince minutos con la cabeza doblada hacia un lado y pensé, ni siquiera me da para masturbarme, me paré, busqué mi pijama y mientras lo buscaba pensaba, mañana sentiré toda la culpa; entonces no me atreví a rezar esa noche, no recé esa noche, como cada noche que rezo un rosario y me dormí y soñé con mi padre que me regalaba una botella de vino carísimo y me desperté con un dolor de cabeza horrible, abrí las ventanas de casa para que se ventilara y me hice una sopa de

pescado con salsa de tomate y me comí todo el pan que quedaba en la panera, me tomé dos paracetamoles para el dolor de cabeza, y sentí por unos segundos que amaba a A. aún, pero me tomé un vaso de agua y se me pasó todo, y sentí una culpa horrible de todo y me metí a mi correo, le iba a escribir a A. y decirle que lo sentía, que tenía una culpa horrible, pero me tomé un café cargado y la culpa se esfumó de inmediato, se voló de forma instantánea, y no le escribí a A. y se me olvidó todo y salí a comprar unas frutas y el aire se llevó todo y sentí cómo me golpeaba la cara el aire y era tan agradable que la noche ya hubiese pasado y me sentí libre de todo y seguí caminando y compré un ramo de flores, y volví a casa, me comí un durazno, puse las flores en un florero y prendí una vela, y agarré una imagen de yeso que tengo tuya, y agarré el rosario y me arrodillé con el rosario en la mano y tu imagen en un pequeño altar que preparé, y decidí mejor pedirte a ti, San Expedito, decirte que nos olvidemos de todo y que sigamos viajando juntos, y que perdóname, perdóname, perdóname, San Expedito por todo y los amoríos violentos y toda esa especie de emoción, y que dejemos atrás todos esos recuerdos, que quiero ir a Guadalajara con todos ellos y que si me llevas dejaré de comer queso y lácteos. Y que además no volveré a ver a A., que a A. no me interesa verlo por verlo, que sólo si lo encuentro lo amo, pero por favor San Expedito, olvidémonos de A., de JP, de M. y te prometo que si me llevas a Guadalajara, dejo de comer quesos y lácteos y olvidémonos de A., no tiene importancia, y de JP y de M. y del otro A. tampoco nos acordemos, y te lo prometo, San Expedito, si me llevas de viaje a Guadalajara, dejo de comer queso ahora mismo. 📍



Foto: Andrés Herrera Valenzuela

Claudia Apablaza (Rancagua, 1978). Estudió Psicología y Literatura en Chile y Barcelona. Ha publicado los libros *Autoformato* (Lom Ediciones, 2006), *Hija ilegal. De Bolaño a Nicanor* (Santa Muerte Cartonera, 2008), *Diario de las especies* (Lanzallamas Libros, 2008), *EME/A* (Cuarto Propio, 2010) y *Siempre te creíste la Virginia Woolf* (La Cabeza del Diablo, 2011). Este año 2012 ganó el premio del Concurso Latinoamericano y Caribeño de Novela Alba Narrativa con su libro *GOO y el amor*, que será publicado en La Habana en febrero de 2013. Actualmente coordina la colección *Humo hacia el Sur* —sobre vanguardias latinoamericanas— de Ediciones Barataria de España y dicta clases en el Laboratorio de Escritura de Barcelona.

Valpore (fragmento)

Cristóbal Gaete

Emergencia Narrativa, Valparaíso, 2009

Trepamos a pie por los cerros del Puerto, llegando a la cúspide de la miseria desde donde se desciende a Valpore.

Por un sendero en espiral que conduce a lo más bajo, pasamos frente a casas sin terminar en las que se acumulaban ladrillos y niños que apenas sabían caminar jugaban a dispararnos. En un momento nos detuvimos, quisimos descansar, pero las piedras que nos lanzaban nos pusieron otra vez en camino hacia el plan de Valpore. La noche llegaba. La vista era la de un tornado descendente de luces; había que seguir las para llegar al centro.

En una de esas luces estaba la casa de Bruno, el padre del Pulpo, pero no lo encontramos allí. El Pulpo dijo que lo buscáramos en los bares del cerro. Seguimos descendiendo. A veces el Pulpo paraba en alguna esquina para jugar en los tragamonedas y los niños aparecían de todos lados, cubiertos de barro y tierra, de la misma que se levantaba con los miles de pies que transitaban el comercio salvaje del cerro. Pero el Pulpo no regalaba monedas, ni yo tampoco. Algunos niños nos miraban con odio, nos apuntaban con sus manitos cafés de mugre; otros sacaban relojes de sus bolsillos, para ofrecerlos; los más arriesgados trataban de meter la mano en el bolsillo del Pulpo o en el mío, pero cada vez que lo intentaban recibían una patada. Apenas sabían caminar y ya habían aprendido a robar.

Un chico nos ofreció comprar un quinazo de paraguayo prensado. El Pulpo se hizo el difícil, aunque se le hacía agua la boca. Tenía sus razones. Le dijo al muchacho que le mostrara la empanada. El Pulpo la tomó de sus manos y aunque era más que suficiente por quinientos pesos, le dijo que era muy poco y se la guardó en un bolsillo. El

niño trató de detenerlo, pero era muy débil. El Pulpo le pegó unas patadas en su culito de hueso y lo arrastró hasta un bar. Bruno, el padre del Pulpo, estaba sentado solo en la barra, con un vaso de vino tinto. En la mano desocupada, escondía sus ojos.

—Hola, papá, te traje un regalo.

El Pulpo tironeaba al niño que ya sabía lo que venía. Todos los niños de Valpore lo sabían, lo habían vivido más de una vez, y por eso trataban de mantener su honrría, violando a las niñas que vendían flores en las ferias o a las que se prostituían. El niño se resistía, pero no tenía fuerza. A Bruno le era indiferente. Lágrimas color vino tinto caían en su vaso.

—No te preocupes, Pulpo, ya no quiero de éstos.

—¿Qué pasa, papá?

—Lo de siempre —dijo una voz invisible desde el fondo del bar.

El Pulpo ya me había advertido qué era lo de siempre. Eran los niños el verdadero amor de Bruno. Nos dirigimos en silencio a su pieza en una pensión retirada. El olor a cuerpo muerto infantil nos golpeó. Guardaba a sus pequeñas víctimas debajo de su cama. Del suelo bajo el catre salía un brazo, una pierna, unos cabellos, todos pertenecientes a distintos niños. Bruno había vivido años en el plan de Valparaíso, pero entendió que allí siempre estaría tachado por su vicio. Se exilió del plan para poder ser pederasta a destajo. En Valpore era fácil. Allí los niños no iban al colegio, pues no había ninguno. Todos los niños trabajaban o delinquían. Si no volvían con dinero, no comían; si no volvían, no importaba. Las obesas progenitoras siempre tenían muchas más bocas que alimentar, siete u ocho niños abarrotando las míseras casas, sin



luz ni agua. A Bruno le fue permitido permanecer en Valpore como un mínimo depredador que controlaba una parte de la sobrepoblación. Pero el pacto se había roto la última vez. Mensualmente, Bruno debía bajar al plan y ahí la vio, a la pequeña turista francesa. Sus padres la apuraban, a veces la dejaban atrás. Eran padres del mundo desarrollado, que no pensaban en la degeneración. Creían estar protegidos. Apenas la vio, Bruno entendió que se había ido todo al carajo, que su tregua con la sociedad estaba rota.

No había salida, sólo raptarla.

Cuando Bruno comenzó, su pequeño vicio era privado; ahora era algo condenable, público, investigado. Si lo descubrían estaría siempre en la cárcel, sería marcado hasta por los otros presos. En Valpore, en cambio, nunca un padre ni una madre habían llegado buscando a alguno de sus hijos, que se amontonaban debajo de su cama.

Bruno sacó la falopa, se pegó un saque y nos contó sus intenciones. Debía aparentar ser otro; si alguno de sus an-

tiguos conocidos lo veía, podría entender que se había tentado, que andaba tras una presa. Fue donde el peluquero del barrio, para que le arreglara el pelo cano y lo afeitara.

—¿Acaso volverás a trabajar, Bruno?

—Algo así, parece que recibiré a una nieta de la Paola, ¿la recuerdas?

La Paola, hermana del Pulpo, había desaparecido hace años. A nadie le importó.

Nosotros también nos cortamos el cabello y después fuimos donde una vieja costurera, que nos pasó camisas y pantalones de tela. Parecíamos otras personas. Bruno soltó sus últimos billetes, los que seguramente guardaba para pequeños putos en caso de emergencia. Cada noche compraba garrafas de vino, se ahogaba en ellas y lloraba pensando que la niña ya podía estar fuera de su alcance, dentro de un avión.

Bajamos al plan y fuimos a todos los lugares que los turistas suelen visitar. Hasta que los encontramos en un

mirador del cerro Alegre. Transitamos muy cerca de ellos, mimetizados con los turistas. Los seguimos a su hotel, hicimos guardia hasta que oscureció y regresamos a Valpore.

La primera parte del plan ya estaba ejecutada.

Por la mañana, muy temprano, Bruno y el Pulpo se instalan con unos títeres en el paseo 21 de Mayo. El padre le ordena al hijo que se esconda en la caseta del ascensor adyacente y espera a que aparezcan sus víctimas. Cuando la familia de turistas franceses llega al sitio, todos los músculos del depredador se tensan. Si la trampa funciona y todo sale de acuerdo al plan, podrá tener a la preciosa criatura a su antojo, por todo el tiempo que quiera. La niña se acerca sola, atraída por los muñecos. Bruno hace la seña acordada. El Pulpo corre hacia la pequeña y trata de arrebatarle un collar. La niña grita, sus padres quedan paralizados por el sorpresivo ataque y el hombre de las marionetas ahuyenta al agresor a golpes. El Pulpo escapa cerro abajo por la escala Artillería, tal como su padre le ha indicado. Para demostrarle su agradecimiento, los padres primermundistas invitan al defensor de su hija a un restaurant. Durante la cena, la niña se aferra a las piernas de su padre, con temor ante la voz rasposa de Bruno. Buscando sacarles información clave, les pregunta por el hotel donde se alojan y si han hecho planes para conocer la noche porteña. Con astucia, les recomienda asistir a un espectáculo único en el Barrio Puerto, que ofrece una amiga de él: la Patty, una ex estrella porno travestida, que relata su vida de mítica figura del *under* de la transición. A intervalos, Bruno mira a la niña con hambre. Al final de la comida, promete conseguirles entradas para el show. Una vez solo, se dirige al Barrio Puerto, al Laberinto del Minotauro, donde su amigo Leonardo aún no se ha convertido en la Patty. Su historia juntos se remontaba a la época en que Bruno era editor de una revista alternativa y ella debutaba en el ambiente. Pronto se dedicaron a escribir monólogos eróticos para el show. Él daba con las palabras y ella con los movimientos. Vivieron juntos. Bruno le traía vestidos que robaba a sus amantes y encargaba pañuelos a sus amigos en Europa para el cuello de la



estrella. A veces, cuando bebían y Bruno estaba deprimido, la Patty se la mamaba. Una mañana, él tomó todo el dinero y las joyas de su compañera y se marchó de la casa, dejando apenas media botella de whisky. A pesar de todo, la Patty aún lo recuerda con cariño y le pasa las entradas para el show. Bruno espera a la pareja afuera del hotel y los lleva al Laberinto del Minotauro. Hombres en la oscuridad esperan por la Patty, hombres que abandonan su sexualidad, embriagados por sus movimientos sobre el escenario. En las orillas del Laberinto, se agolpan funcionarios ex subversivos, ex punkis ácratas y terroristas estatales o neoliberales, posibles censuradores disfrazados de homosexuales y extranjeros que conocen el secreto más comentado del puerto: los monólogos de la Patty. Mientras come un plátano wharholianamente, la diva va relatando sus primeras mamadas y cómo su garganta se fue alargando poco a poco. Bruno se levanta casi de inmediato; entra al baño, arma una hermosa y brillante anguila blanca de cocaína, la hace desaparecer y sale del local. La Patty se acerca al padre de la niña y le cuenta cómo hace la calle, mostrándole cómo levanta su falda a los autos. Le pregunta, a horcajadas sobre él, cuánto estaría dispuesto a pagar por ella. Lo mira a los ojos y le susurra secretos al oído en francés. Bruno va en un taxi a toda velocidad rumbo al hotel, sin mirar por las ventanas, con los músculos contraídos, como cuando actuaba en calles, bares y escenarios y mentía y mentía. Patty relata, sin salir de las piernas del turista, una de sus noches más afortunadas, cuando en un bar encontró a un borracho poeta virgen, enamorado, pero sin sexualidad definida. Patty cobraba cinco mil, pero a él sólo le cobró tres: los vírgenes traen suerte, solía decir. Bruno pide una habitación. El tipo de la recepción no le cree del todo, pero le da igual: no le pagan lo suficiente y además es un hotel para ricos, qué más da pasarle una habitación al tránsito pasajero por una noche; al día siguiente ya se enteraría si es o no un charlatán. El joven poeta dudó, pensó en Mishima, en San Sebastián y en las mujeres que le cerraban las piernas por su mal aliento. Bruno sube con el tipo que lleva sus maletas, las deja en el cuarto y espera. Su mano tiembla. Saca del pequeño refrigerador una botellita de whisky y la bebe de un sorbo. El joven poeta apretó los arrugados billetes en sus bolsi-

llos. Invitó a la Patty a beber cerveza. Excepto el barman, nadie se percató de que no era una mujer. La devoraban con los ojos. Bruno sale de su habitación y con una ganza abre una a una las puertas del piso 6, donde se alojan los extranjeros. Cruza la primera y ve a dos niños tapados. Tiene una erección. El joven poeta y la Patty salieron a la calle; ella se la mamó en la oscuridad, hasta que él estuvo lo suficientemente erecto como para poder penetrarla. Bruno destapa los rostros bajo las sábanas, excitado. Son cabecitas negras, de seguro hijos de ricos de Ecuador o Perú. Uno de ellos abre los ojos. Bruno se lleva el índice a la boca y el niño no emite ruido alguno. La Patty regresó al bar para disfrutar de la buena racha prometida por el desvirgamiento. Una masculina mujer, que pasó la noche con ella, la invitó a bailar en su local: el Laberinto del Minotauro. Bruno entra en otra habitación. Un extranjero está encamado con tres prostitutas. Las maracas lo miran en silencio, reconociéndolo como alguien afín, y siguen mamando y moviéndose sobre el turista, sólo preocupadas de que el desconocido no se acerque a los dólares. En el primer baile, la Patty se convirtió en ícono; como si la barra siempre hubiese sido para ella, se deslizó como una serpiente, envenenando a quienes la veían, refugiados en el ghetto homosexual del Laberinto, besándose en sus rincones o simplemente drogándose y bebiendo. Bruno entra al tercer cuarto. Encuentra a un hombre tirado, sangrando, rodeado de estupefacientes. Los toma y sale de la habitación. Bruno escucha a un botones en el pasillo, espera un momento y vuelve a salir. Ingresa en otro cuarto y ve el pelo claro de la niña sobre las blancas sábanas. La Patty le cuenta al turista francés de un lunes de lluvia en que no tuvo ganas de bailar en el Laberinto y decidió hacer la calle. Al rato paró un auto de lujo y se subió a él. Bruno oye pasos, pero espera, sabe que ahora que está con la niña todo saldrá bien. La acaricia y abraza tiernamente. La Patty se quedó toda la noche con el tipo del auto en un exclusivo hotel; él sumaba y sumaba dólares sobre la mesita de luz. A Bruno le cuesta creer que estuviera con ella al fin. La envuelve en una frazada y se apresta a salir. La pila de billetes verdes siguió creciendo sobre el velador. El tipo la invitó a una serie de eventos sociales, donde la Patty deslumbraba, aunque algunos de los rostros de esos lugares ella

ya los conocía. Bruno toma el ascensor al primer piso, lleva a la niña durmiendo en sus brazos. En una de esas fiestas, el rico extranjero le ofreció filmar una película para él. Pídeme lo que quieras, Patty, necesito algún recuerdo. El recepcionista está durmiendo, con un cómic abierto sobre sus piernas. Bruno sonrío: él había escrito ese guión. Del mostrador toma las llaves del transfer del hotel, estacionado frente a la puerta principal. La Patty se apoyó sobre la cama en cuatro patas y apareció el Príncipe, un puto con un pene de treinta centímetros que clavó en sus entrañas. Ella sufría y gozaba hasta el llanto verdaderamente femenino de placer, amarrada, sodomizada, travestida al fin. Con delicadeza deposita a la niña dentro del vehículo y enciende el motor. Conduce hacia Valpore, el último cerro de Valparaíso. El video convirtió a Patty en una estrella internacional deseada por todos. La envidia comenzó a diseminarse. Las otras putas dejaron de hablarle y trataban de levantarle los clientes. Una noche, la Patty se apoyó sobre el auto de otro hombre rico y recibió una puñalada en un glúteo. Ninguna de sus compañeras la ayudó. Bruno detiene el auto al filo de la quebrada infinita que anuncia Valpore. Toma a la niña dormida y sigue su trayecto a pie. La Patty se desmonta del padre de la niña y avanza hacia los espejos del Laberinto del Minotauro. Intenta esconder inútilmente su cojera dentro del largo vestido blanco. Mientras me arrastraba a la posta, pasó un retén móvil de la policía. Me metieron, me esposaron y me sodomizaron mientras

mi sangre manchaba el piso en la oscuridad. Levanta su falda y muestra al público su cicatriz invisible. Se hunde entre los espejos del Laberinto. Todos la siguen, se pierden en los rincones del ghetto. Llorando, Bruno levanta a la niña sobre su cabeza hacia el amanecer de Valpore. La voz de la Patty se oye en todo el lugar. Y vino uno y después otro. Algunos creían al principio que yo era mujer o querían creer eso, obligados por la presión. Salían diciendo qué rica vagina, pero tomaban mi pene, encadenados por la verticalidad. ¿Cómo decir que era mujer? ¿Cómo decir que no lo era? Fue una experiencia única. Mujer, violada por la policía, herida, sangrando. El rostro torcido de la Patty se refleja en los espejos, donde el Laberinto se vuelve más oscuro. Suena el saxo de Zorn y en la escena irrumpe la imagen del Príncipe, que clava su puñal dentro de él/ella. La Patty gime, grita. Los franceses salen despavoridos y abordan un taxi, que gira sin sentido por la ciudad, pasando por los restos dormidos de la noche de Valparaíso: un mendigo en Echaurren, un punki en Bellavista, un perro vago en Brasil, una puta tirada en la solera, un viejo en avenida Francia, una cortina que se abre como una boca clandestina para tragarse lo que queda moviéndose en la ciudad. ¿Dónde nos lleva?, preguntan los turistas, y le exigen al chofer que los lleve al hotel de una buena vez.

Al vacío de la cama.

A la policía.

A las noticias. Al horror. ●



Cristóbal Gaete (Valparaíso, 1983). Publicó *Valpore* en 2009. Ha realizado investigaciones de memoria social urbana en Valparaíso, como *Mercado El Cardonal* y *Monedas callejeras*. Es editor de Ediciones Perro de Puerto y escribe sobre libros en el periódico *El Ciudadano*. Actualmente realiza un libro de textos híbridos sobre literatura de su ciudad a partir de una beca del Fondo del Libro.

El último número (fragmento)

Matías Celedón

Novela inédita

Cinco jaulas de hierro montadas sobre el acoplado de un remolque. Llegaban siempre de noche, a oscuras; sin estruendo ni bocinas, con las luces apagadas, alumbrando con intermitentes la difusa huella que llevaba hasta la planicie. Apenas el verano secaba el estero, montaban campamento sobre su lecho. Más allá de la línea del tren, atrás del basural que sentenciaba el final del pueblo, las carpas se allegaban por temporadas y luego se iban dejando sus escombros.

Las caravanas se sucedían pero año tras año llegaban siempre los mismos. Recorrían el terreno a tientas, evitando piedras, ramas y pájaros muertos. El paisaje después de las lluvias cada año era distinto. Aunque Santos conocía el camino, no quitaba los ojos de enfrente.

La helada se oponía al avance escondiendo entre una espesa niebla los detalles que podían resultarle familiares. El tosco vaivén del remolque lo mantenía despierto, pero el pulso tibio y persistente de las luces lo inducía inevitablemente al sueño. Era una lucha permanente; Santos, con esfuerzo, resistía en la vigilia. Fuera un instante, si acaso en un bache caía dormido, tomaba conciencia enseguida y ese mismo sobresalto lo volvía más atento. La helada inundaba el valle como el fantasma de una marea antigua. Santos, como los peces, la vista fija, no pestañeaba.

Distinguía entre las sombras la silueta de un paisaje que no reconocía. En otoño, con las primeras lluvias, la acequia escuálida donde las hembras se alejaban a sacar el agua se cubría silenciosamente de hojas secas que caían de los cerros escondiendo el río bajo una costra parada y rojiza. Estancada se estremecía al sol, como si brillara; era la brisa tibia que anunciaba la llegada del invierno.

Mansa, al filo del agua, la crecida bajo la superficie lentamente rebasaba sus orillas. Y así ocurría un día que la hojarasca comenzaba a derramarse, descascarándose entre las piedras como un manto de escamas que a poco andar se descosía en la corriente de un caudal que entrada la primavera ensordecía el valle como un río trueno.

A la vuelta de la rueda, por una huella secundaria, Santos dio con la cerca que separaba el páramo de los terrenos que en verano aparecían ensanchando la ribera. Detuvo el motor y apagó los intermitentes. Tomó un trapo para desempañar el parabrisas y permaneció inmóvil hasta que la máquina se ahogó completamente. Las caravanas se sucedían, cada año eran los mismos, pero esa noche, las cinco jaulas llegaban antes que nadie. Más allá del alambrado, los recuerdos de una vida itinerante; la huella virgen de barro que sólo delataba la soledad y la lluvia.

Anda, ya estás babeando, dijo Santos antes de encender un cigarrillo. Buscó refugio en su chaqueta cobijando el fósforo entre sus manos. El fuego iluminó la cabina un instante revelando un bulto hirsuto que dormía bajo las mantas.

Abre la reja, demandó.

Despierta, te dicen, la zamarreó cabrón.

Bajó la ventanilla y la helada empañó los vidrios. El silencio que sumía al valle hacía que los gritos resonaran en la hembra como un eco lejano venido desde adentro. Nara soñaba el trato cotidiano. Encerrada en la cabina, despertaba sacudida con el arribo.

Quejó estirándose felina en un bostezo que irritó la hiel de Santos hasta el punto en que pensó bajar él mismo. La desidia de la hembra, esa lánguida protesta toda vez que la tarea no era de su agrado, mellaba su flaca pa-

ciencia harta ya de montar, en cada pueblo, ante el menor inconveniente, siempre el mismo espectáculo. Qué tarea es de mi agrado, se veía Santos paleando estiércol.

¿Dónde estamos?, preguntó dormida.

Casi llegamos, ¿no ves?

La niebla comenzaba a disiparse. Nara volvió a bostezar. Se restregó los ojos, dejó a un lado los arrobos y se animó sin queja a encarar el frío. Su figura atravesó la

helada demorando sus gestos; era apenas una sombra, consumida y frágil, que pisaba leve, como un zancudo, el barro seco acumulado por las lluvias. Santos encendió el motor y alumbró la senda hasta la cerca. Tamizada por la bruma, Nara se perdía.

Las lajas arrastradas por las lluvias devolvían a través de la bruma el pálido reflejo de la luna llena. En mitad de la pendiente, cerro arriba serpenteando la quebrada, la



presencia luminosa de las piedras, vigilando el valle como cruces, alentaba a Santos a seguir, pues le indicaban que estaban cerca. Nara, en cambio, padecía acurrucada a las mantas, y asolada por el desamparo trataba de dormir con la conciencia afligida por un mal presentimiento.

Escuchó su voz, hizo esfuerzo por acompañarla:

Ya cambió el viento, dijo Santos, empezó a correr el viento helado.

La ronca voz de Santos la arrastraba por el valle peligrosamente, acercándola a las rocas que en lo alto vigilaban la planicie. Nara divagaba entre la niebla, caminaba por la huella que llevaba hacia las piedras. Tiritaba bajo las mantas entumida en fiebre.

Año tras año atravesaban la provincia y la miseria los acompañaba donde fueran. En los pueblos se sabía que ella era la causa de su mala fortuna. Nara era yeta. Y además, muy puta. Pero supo estar ahí casi siempre para acompañarlo. Estaban juntos cuando entraron a avisarle que su madre había muerto. Cuando lo echaron a patadas de la jaula, ella le ofreció la suya y le prestó dinero sin pedirle nada a cambio. Arrancaron juntos del incendio, juntos de los gitanos, la noche en que perdió la calma y el buen Santos comenzó a cobrarse revancha. Nara supo ocultarlo. Lo alentó a seguir, a huir con ella para comenzar todo de cero. Escaparon lejos, a probar suerte, pero fuera donde fueran, la ruina les pisaba los talones. Desgracia tras desgracia, siempre estuvo a su lado. Santos no podía abandonarla: Nara era su tumba.

El frío terminó por convencerlo. Viene del este, aseguró, luego por fin cerró la ventanilla. Cuando pasaron sobre el bulto ella temió que fuera una de sus crías. Santos

la sacudió inquieto: Qué estupideces, le dijo. Habla sana, le dijo, pero era inútil. La niebla subía por las lomas ocultando las grutas. No te detengas, pidió: Nara lo prevenía. Santos apagó el motor y se quedó esperando atento al retrovisor. En el espejo vio cómo la sombra condensó en una silueta que tomó la forma oscura de un hombre.

¿A dónde vas?, le dijo.

A morirme de hambre, respondió apostando sus costillas contra el vidrio:

¿Y esas jaulas?, preguntó.

Para los que preguntan, le dijo.

Escucharon su risa con atención. Era una risa nueva y contagiosa. Una carcajada loca parecida a un incendio que iluminó el valle con violencia. Nara se quedó helada mirando la sombra a través del fuego.

¿Quién es?, preguntó asustada.

No lo sé, respondió Santos.

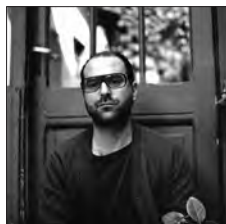
Los cactus arrastrados por el barro parecían quemados antes que secos. Era la lluvia y la helada; luego el sol y la sequía. La noche disipó la niebla para revelar el paisaje definitivo: un valle arrasado por el barro, poblado de formas negras.

Cientos de indios, susurraba, esparcidos por las lomas como basura. Santos hablaba solo para no dormirse. La noche amplió su inmensidad extendiendo en frente la planicie. Recorrió el terreno atento a las espinas; vadeó una acequia y siguió la huella. Piedras, ramas, pájaros secos.

Todo está muerto, insistió Nara, deberíamos seguir.

Santos detuvo el remolque, apagó las luces y sacó la llave. Esperó en silencio mirando la noche y luego cerró los ojos hasta que el motor dejó de hacer ruido. ●

Foto: Adrián Puentes



Matías Celedón (Santiago, 1981). Ha publicado la novela *Trama y urdimbre* (Random House Mondadori, 2007) y *La filial* (Alquimia, 2012). Actualmente se desempeña como guionista y colabora en diversos medios de prensa escrita.

DANCING
CLUB DE



LA
MISERIA.

Ñache (fragmento)

Felipe Becerra

Novela inédita

[. . .] ¿oyes el acostumbrado tarareo de Nanaqui al ascender por la escalera curva de tapiz granate?, ¿los oyes?, ¿los oyes, Celedunio?, han llegado, ha subido mi familia y de seguro ya socarra los piñones en nuestro brasero, adivino a Próspero arrimado al ventanal que da hacia el río Insomnio, cosquilleándole en el acto una sonrisa bajo su nariz que ya se achata al pegarse contra los cristales para así empañarlos y trazar allí, sobre el cristal, el juego efímero con el que reirá junto a Ofelión, Ariel o el buen Maori, quién sabe, amigo de cerámicas cascadas, la única certeza que yo tengo ahora es que allá arriba pronto mi familia me echará de menos y que se alzará la voz de mi mamá llamándome a comer, Calibán, Calibán, esa palabra que se escuchará en esta covacha, te lo digo, tal como repica el eco duro del sonido al rebotar contra los sueños, Calibán, Calibán, Calibán, esa palabra igual que guillotina le rebanará el pescuezo a este relato, bien lo sabes, lo sabemos, tú y yo lo sabemos, y es por eso que me apuro y me atrevo a inhalar el aire de este búnker, mírame, inspiro a todo lo que da mi pecho, se hinchan mis pulmones, mírame, inspiro, inspiro, me trago el aire a bocanadas, busco que el olor de esa niñita blanca, tanto como el mármol, me anegue los mondongos, que me tiña su orina el alma con su dejo a yerba dulce, más allá de estas paredes sobre la ciudad cae nuevamente la tormenta tropical, lo sé, puedo ver en lo vidrioso de tus ojos araucarias chasconeadas por el viento, puelches recios que curcunchan sus columnas vertebrales casi hasta tocar el piso, rachas de lluvia cachucheando los pocos cristales vivos de Renueva Extremadura y antenitas por el viento arrebatadas de las azoteas como quien arranca de la tierra una maleza, se oyen además retumbos de un cielo huracanado aun aquí, debajo de la calle, las añejas cañerías ya crepitan remecidas por aquel bramido y todos los ladrillos de esta mole se apretujan, tiritando, asustados por el remezón que viene tras los truenos, yo no sé por qué, no me lo explico, Celedunio, pero aquí se escucha tanto o más intenso que allá afuera cómo chifla el puelche, cómo silba el huracán, y ese ruido, tú lo oyes, se jaspea con larguísimos aullidos de baguales y el chirriar de las bandurrias y un montón de búhos que ululan como adornando la tormenta con un chiste tétrico, groseras carcajadas de adictos recién nomás subidos por algún pinchazo se reparten por mi habitación, un zumbar de tábanos burlescos gira en esa esquina, entre el envión de las borrascas, mientras muchos gritos de mandril herido, cientos de ellos, rápidamente brotan como hormigas de una grieta que divide el techo, y es que tal vez tú, mi amigo, tal vez puedas decirme si el



bullicio que escuchamos se ha filtrado desde afuera o si ese ruido estalla en mi cerebro, aunque es mejor que no respondas, es mejor que te calles, que te calles la boca y no me digas nada porque ya está claro, amigo mío, está bien claro que esto es fruto del olor de ella, fruto de esa niña que tú y yo vimos esta tarde, aherrojada en la aureola desastrosa, allí, en cuclillas y pilucha de los pies a la cabeza, esa niña de una piel lavada de cualquier color, librada de cualquier arruga, tersa, como antes yo no había visto sino en estatuas de mármol, esto es fruto, amigo, yo lo sé, de su orina, de su olor a heno que ahora baña y pule los contornos de mi corazón, de mis arterias, de mi savia roja, está claro que es su olor el que acelera la molienda del trapiche, el que me azuza en engranajes del magín, desvencijándolo para que así el molino me triture en la cabeza aquella imagen de la niña y que de ella nazcan otras, más pequeñas, mil lucécitas que como agujas cosen a mi labio las palabras mudas, esas burbujas llenas de silencio y humo, es cierto, ha invadido él tanto este escondrijo como cada alveolo del pulmón y ahora hace falta nada más que tú y yo miremos, que nos entreguemos a los desparramos de este carnaval aéreo, las discordias orquestadas por el numen de ese olor, de esa fragancia que hoy caló en mi médula

por siempre, que nos entreguemos, Celedunio, al vaivén de las espumas revoleantes, albas como el cuarzo de su piel, y de las aguas mareosas del orine, que se ondulan en el aire apretado de este búnker como al viento sus mechones infantiles de topacio, cuarzos y topacios derretidos ahora danzan entre las enanas llamas de los cirios, invitándolas a unirse a sus chorreos enroscados, al retorcimiento de un amarillo líquido cuya oruga imanta los destellos, embobándonos, embaucándonos en su cortejo serpentino, mira los inquietos azulejos bailar, ese velo de las lerdas lentejuelas, todo oscila y se ondula seduciéndonos, todo es el forraje opalescente de la yarará celosa, sus con-

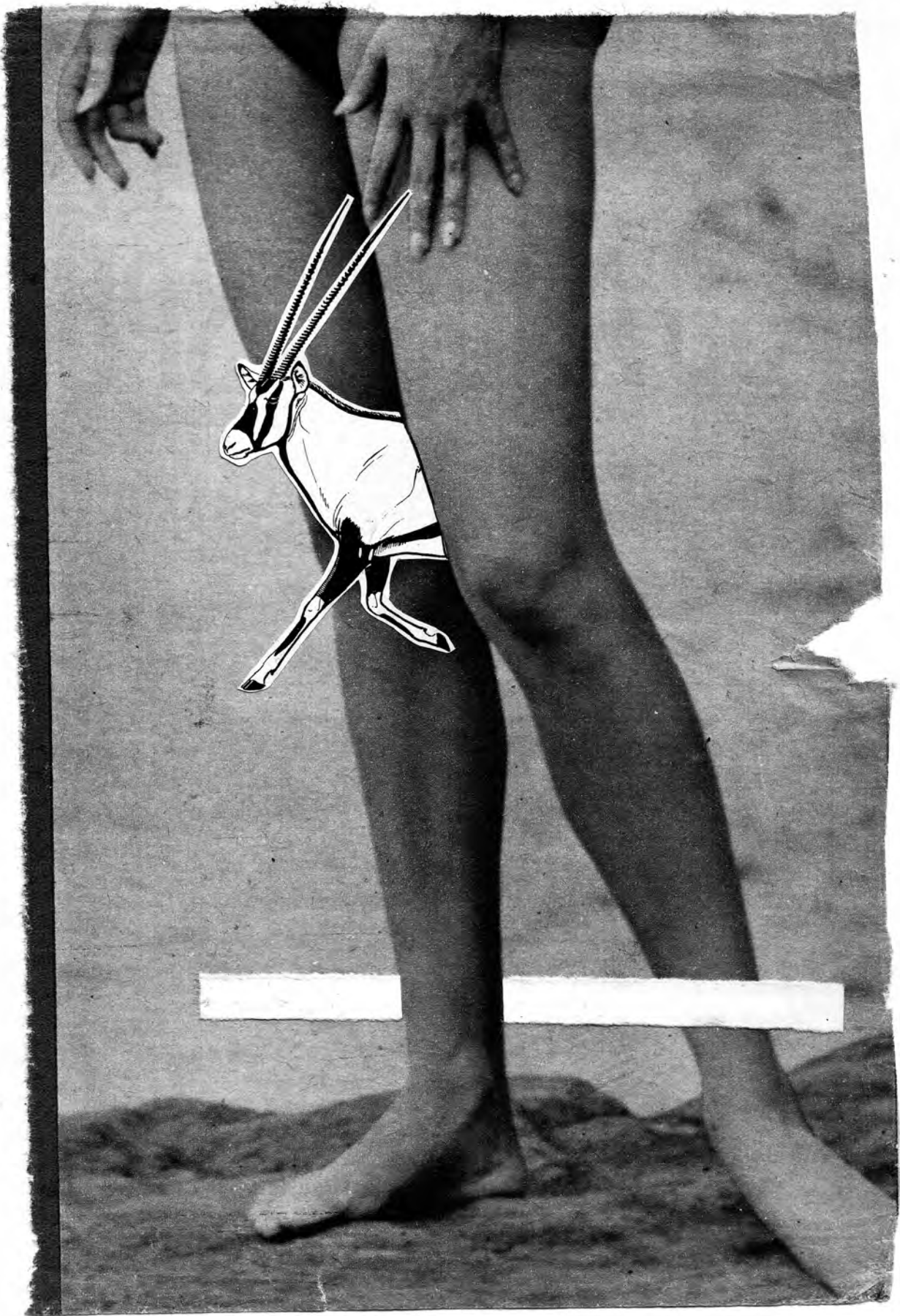
juros voluptuosos y la bífida que vibra y deja oír entre las velas su siseo sibilino, salvajes silbos de áspid lúgubre, cascabeles crípticos de un crótalo al acecho parecieran resonar ocultos a la sombra de los cirios, mi payaso, mi amado payaso, y es que algo reptaba entre los candelabros, mira, míralo bucear livianamente sobre la esperma en un desliz de anguila, su silueta recortada ahora sobre el murallón, espiralada en una finta ambigua, proyectada ahí, en los ladrillos se arquea una sombra y es su sombra, Celedunio, mírala, ¿es que no la reconoces?, ¿no distingues gracias en su coleteo?, esos arabescos que arma en la muralla, ¿no te parecen conocidos?, ¿la esponjosa hélice de sombra?, ¿su compás de algún carasio negro en los acuarios apagados?, ¿lo reconoces?, ¿es que tú lo reconoces, Celedunio?, es él, ha vuelto a recibimos el dragón que susurró esta mañana en mi oído, cuando aún temblábamos adentro del chasis, junto a él a este mareo ha descendido la bandada de los ángeles, aferrados cada uno a un arcabuz y sus flautines de carbunco, se agazapan en las fumarolas de los cirios, en la nubecita que se aconcha apegada al cielorraso, allí se ocultan, algunos a horcajadas sobre ínclitos corceles y otros sobre osos en cuyos párpados se han pintado los milagros y la vida entera del jinete que los monta, ¿los ves allá arriba?, nos apuntan con sus escopetas, ¿los ves?, yo les sonrío y entonces, al toque de un flautín, los pequeños ángeles custodios del mutismo jalen el gatillo y de sus arcabuces brotan, como si los escupiera una boca enferma, miles de pétalos de fuego, lentísimos, rodantes, pétalos de flores mínimas pero encendidas como pavesas, que en su descenso trazan la estela de un jardín colgante hecho de brasas, enredaderas de brasas, ¿las ves?, los petalillos convertidos ya en ceniza alcanzan mis labios y los tiznan como un maquillaje funerario, pero esos tintes, Celedunio, bien sabes que son engañosos porque la ceniza es abono de otras flores, bien lo sabes, otras flores, te digo, otro enjundioso matorral de flores, mucho más gordas, grotescas y abiertas que las manzanillas abrasadas que tose el arcabuz de un ángel condenado al enanismo, éstas, las que se hinchan en mi boca, son corolas enormes que se abren como se abre un puño en el vértigo de un parpadeo, flores de pétalos gruesos, frescos, rebosantes de jugosa leche, esponjosos nenúfares, copihues dilatados, los hibiscos rojos como el sol nipón con sus lúbricos pistilos y anchos pétalos chorreantes, embriagadoras trompetas, capullos entreabiertos y mojados, selva súbita que se me enreda al canto, flores enredadas a este aliento sordo, flores rientes, flores borrachas, arrojadas por la carcajada salivosa en que se atorán, ahogadas en la espuma de su risa hasta

la arcada, cuando sacan su pistilo y muestran dientes ya cariadados por el tiempo, la locura y el dolor, flores de la pesadilla, el carnaval floreado de la noche entre las velas, estallidos de capullos, las risas, las risas, las grasientas risas de las flores en sus bocas de bufón suicida, oigo risas, oigo sus risas, sus burlas, llantos, frenesí que se abochorna entre los labios de una malvarrosa, comisuras de un copihue negro como un potro, mis mejillas, mis mejillas se afiebran con su trompeteo obsceno, cornetín morboso, los ángeles trabajan ávidos de hilar mi lengua al terciopelo de sus lenguas, zurcir allí un sayal cochino, dádivas jocosas, un telar donde se hamaquen los susurros del dragón, el machete de las ratas y el mosaico en la pezuña de un huemul, visión plebeya de panteras ribeteadas por el ácido candil del flúor, la visión, plebeyos espejismos, Celedunio, y su afán de hacer chillar los tintes de una guacamaya que lo abarca todo y se lo traga todo, los huemules ya descienden entre ese follaje reidor, algo cruje y es la risa de las flores al pasar de los huemules, pero algo más crepita en su descenso y no son ellos, el rumor aquel nos rumia un chisporroteo que se enarca en el oído, retorcido en torno al tímpano, frenético, fugaz, aunque descalabrado tenue, algo incierto, ¿lo escuchas?, algo ambiguo, un borroso musitaje que se deja adivinar detrás de las orejas, pabellón del vacío, caracol ahuecado, reverso del oído, ahí es que vibra, víbora sinuosa, desovada en ese nido que arma el lóbulo en su piel, ahí es que vibra, ahí, un cascabeleo que sólo roza lo audible, como se oyen los murmullos de una ola lejana en la memoria, esa playa donde aún yacen los baldes y juguetes que olvidaste cuando niño y que hoy sienten la nostalgia de tus manos frías, es ése el rumor rugoso, tan ladino que ya casi cae en el silencio, y su origen lo conoces tú mejor que yo, amigo mío, no necesito decirte una palabra y es tal vez por eso que te digo miles, y encima arracimadas, porque todo lo que te he dicho esta noche sin decirte nada ni romper mi voto, todo esto que he acumulado como trastos viejos entre tú y yo, todo esto es basura, amigo mío, todo esto no es otra cosa que la basura más nuestra, los basurales más íntimos, esto es nuestro propio vertedero, el verdadero vertedero, te digo, el vertedero de palabras, es cierto, lo sé, no tengo por qué decírtelo, ya me lo sugieres tú alumbrado por los cirios, acharolado por su luz y en contraste con las muescas que te adornan, enhiesto en mitad de aquella asimetría de pequeñas llamas, y estoy de acuerdo, Celedunio, has cogido el brote del arrullo, tus colmillos han hincado su botón, el capullo de estos cascabeles ínfimos, suspendidos ahora, flotantes en el aire turbio, se halla en esa boca que con elegancias de

flamenco suspiró canciones semejantes a la quebrazón de diez vitrales, un bullicio brusco que se desembucha con requiebres de gacela, labios pálidos por los que pasó su trino como brisas que cepillan quilas bajo un sol de otoño, sus aullidos chuñuscos, sí, ese boche que ella armaba zumba aún aquí como abejeros enterrados, se oye el tam tam llegando desde lejos y son aquellos trinos percutidos los que abultan de pequeñas bullas a este búnker, los sonidos mínimos se arremolinan sobre mi cabeza, achoclonados se dejan arrastrar por la corriente ensortijada y es en su naufragio donde luce el alarido de las cacatúas, el rugido de los tigres rutilantes, las risas de las flores y el musgoso secreteo del huemul, es en ese alud donde escucho el lejano eco de su voz humosa, nuevamente, Calibán, me dice, tú verás abrir sus alas a este mundo, y esos ecos se me nublan como se aleja el brillo de la luna a un elefante que se ahoga en un océano precioso, yo también quisiera hundirme en esa música tan rara, Celedunio, la música de esa niña, la triste música a la que el silencio ha hurtado el ritmo, su averiado fuelle, inarmónica mecánica de orquesta al compás de un brío torpe, esa música vaciada casi de sonido, nomás ritmada por murmullos de bocas arrancadas a la noche, revoleantes bocas desgajadas de asteroides, bocas luminosas de una estrella viva en las constelaciones de la piel, esas bocas, te digo, bocas de luceros adheridos a la noche como búhos transparentes, colibríes de cristal trinando desde su silencio hacia un silencio aún mayor, bocas sueltas como mariposas, coleópteros auríferos, una mirada de ritmos acezantes y es que yo no sé, yo no sé, amigo mío, dime cómo se ahoga este chorreo de susurros, no, tú tampoco sabes, tus ojos no son más que dos rostros desesperados, te arañas la cara y muerdes tus puños, baboso león, ¿qué signo haces con tu cola arqueada? [...] P



Felipe Becerra (Valdivia, 1985). Recibió en 2006 el Premio Roberto Bolaño a la Creación Literaria Joven. En 2008, en Lima, la editorial Zignos publicó *Bagual*, cuya traducción al francés aparece bajo el título de *Chiens féraux* (Anne Carrière Éditions, 2011). Algunos capítulos de la misma novela se publicaron en inglés en la revista *The Radgeworks* (Edimburgo, 2010). Su poesía ha sido incluida en *Réplica. Poesía chilena contemporánea (1970-1985)* (Catafixia, Guatemala, 2012). Ha sido invitado al Festival America 2012, Vincennes, Francia. Forma parte de La Faunita, manada con la que imprime sus propios ejemplares de poesía y teatro.



Mentirosa (fragmento)

Yuri Pérez

Punto Aparte, Valparaíso, 2012

Mi hermana piensa que con ir a la iglesia va a conseguir la vida eterna. Pero no, está tan enferma como Aníbal Lecter, el comecuellos que tiene un bozal hecho con cuero de sacerdote. Ir a la iglesia y orar sin sentir lo que se ora es tan fácil como tomar una taza de té. Como ponerse calzones. Como preparar ensalada de tomates. Ella es cínica, aunque lo disimule. Ella y muchas que dicen llevar a Cristo en el pecho. Si el creador divino existe, no está bien nombrarlo en vano, ni pedirle favores personales: una casa nueva, dinero. Muchas, como mi hermana, se llenan la boca con la Biblia y son mujeres infernales. Y cuando viene un terremoto, piden perdón. Cuando llegan huracanes, piden perdón. Cuando fornican, piden perdón. Y si caen sobre un puñado de marabuntas, exigen clemencia del rey de reyes.

Ni Aníbal Lecter ni mi hermana van a llegar al reino de los cielos. Tampoco Jason, el de la máscara que mata gente en la isla. Nadie que clave en la frente un hacha a otro puede entrar al reino del cielo. Ni Freddy Krueger, ni el Chupacabras, ni Obama, ni Fidel Castro. Menos Charles Darwin. Ni el Papa Benedicto XVI. Tampoco Allende, porque era masón. Los masones no tienen fe en Cristo. Pinochet también queda fuera, por devoto: estaba loco, católicamente desquiciado. Ashley Judd entrará al reino de Dios, ella es un ángel, más linda y tierna que Marilyn. Ashley Judd es bella como Leonor Varela, las imagino besándose en la trastienda de un set de televisión: Ashley tocando el ombligo de Varela con la lengua, ambas mirándose de reojo, yo endurecida.

Leonardo Di Caprio entrará al reino de Dios por serafín. Lo esperarán con trompetas de titanio, no van a dejar que naufrague como en el Titanic. Van Damme no en-

trará al reino de Dios porque lo único que sabe es pegar mahuachis y patadas de kung fu, quebrar rodillas y sacar sangre de narices a los actores secundarios. Habla francés y el francés es una lengua demasiado pedante.

Para llegar al reino de los cielos tampoco basta con tener un cuadro de la Santa Cena donde aparece Magdalena haciéndose la simpática en medio de los apóstoles. Ni usar rosarios en el cuello. Ni llevar denarios en las manos. Ni escribir “Jehová” en la pared de la cocina. Ni tener fotografías del Papa Juan Pablo II en la puerta del refrigerador para que cuide las latas de cerveza. Ni enmarcar la barba de Juan Canut de Bon, otro español en la historia de Chile, otro colonizador que dejó huella. Al menos éste no vino para llevarse el oro. Éste vino para llevarse almas, y lo hizo. Válgame, aunque una tenga hijas vírgenes no es seguro conseguir el paraíso. Por eso hay que llevarlas al ginecólogo para que se controlen. Los pedacadores no deben escupir al cielo.

Yo soy laica por decisión personal, sin embargo, actúo como una verdadera evangélica: no hago daño a nadie, no menosprecio a nadie, no siembro cizaña ni me acuesto con las vecinas. Tampoco miro películas pornográficas para conseguir orgasmos. Me siento una mujer feliz ya que los orgasmos me llegan sin aviso previo, de la nada. Soy una mujer plena. No soberbia, soy laica.

En la película *Depredador* hay respuestas para entender algunos asuntos complejos, sobre todo cuando el extraterrestre le perdona la vida a Schwarzenegger en el barro. Si el bicharraco quisiera, podría arrancarle las amígdalas de un manotazo, pero el bicho no hace más que mover las tenazas del hocico. Alguien como él construyó Machu Picchu, de eso estoy segura, los incas son

hijos de padres interplanetarios. También en *El código Da Vinci* existen pistas sobre el origen de Dios, sobre todo en el asunto del Santo Grial y del caucásico ese que se viste de cura y mata a todo el que se cruza en su infierno de niño rubio. Es fanático, porque debe guardar el secreto del Vaticano, un secreto que echaría por tierra todo el catolicismo. El cura asesino se autoflagela y lleva bajo la sotana una pistola nueve milímetros que coloca en la boca de las monjas y en el pecho de las ancianas. Y dispara de manera automática, como Clint Eastwood en el gran cañón de Norteamérica matando apaches y mexicanos, con el pucho en la boca.

Otras piensan que adorando al nuevo Papa está todo hecho. En mi opinión, es malo el curita del Vaticano. No creo cuando dice que todo lo hace por Dios y la Iglesia Católica. Cada vez que puede termina los discursos en su lengua materna, un alemán de acento duro que recuerda a Hitler. Algo se parece al cura rubio de la película *El código Da Vinci*. Ambos tienen ojos azules y piel blanca. Seguro los dos pueden resucitar al tercer día. Quizá el curita de la película, después del rodaje, termina bailando con la Tongolele y degustando tacos en el Distrito Federal. En cambio, el Papa debe volver a la oficina del Vaticano para quitar de su mano los anillos de oro y diamante. Es un depredador burgués con estola.

Me hice un rebajo brasileño, con una máquina de afeitar desechable. De las azules fabricadas en Colombia o en Ecuador. No estoy muy segura de eso. Pero de que corta, corta. Me senté en la cama con un espejo en la mano iz-

quierda, un espejo de Barbie. El espejo trae a Barbie pintada en el borde del marco. Con el espejo en la mano y sin calzones, me abrí de piernas. Ya me había bañado, estaba limpia de polvo y paja. Vi que tenía pelos por todos lados. Mi entrepierna era como una jungla. No alcanzaba a divisar la entrada de mi vagina. Es que las chilenas no nos depilamos a la brasileña, nos gusta tener harto pelo.

Yo tengo el cabello largo y liso, por eso me llama la atención que los pelos de abajo sean crespos. Parece que todas los tienen crespos: la esposa del pastor evangélico, las monjitas del convento, las cajeras del supermercado y la presidenta argentina Cristina Fernández. La hija de Fujimori los tiene también crespos. Y siempre debió tenerlos crespos la Teresa de Calcuta. Está en los genes femeninos, Dios lo quiso de ese modo.

Me senté en la cama y abrí las piernas todo lo que pude, como si el miserable de mi marido me lo estuviera haciendo. Es que cuando él se sube debo abrir las piernas como un abanico; de otro modo, no hay ninguna posibilidad de que me penetre. Eso explica la buena elongación que tengo. Debiera dedicarme a la contorsión profesional, trabajar en un circo mexicano, no en uno chileno, porque en los chilenos sólo contratan a humoristas. A malos humoristas, comediantes que ya no hacen ningún aporte a la nación y que necesitan parar la olla. Además son feos. Los comediantes de Chile son feos y drogadictos. Dicen que creen en Dios, pero mienten. Son como las católicas de clase media, se hacen las damas, se visten bonito, se tiñen las canas. La mayoría estudió en colegios de monjas, donde el amor se compra con rosarios fabricados en raulí. Pero son unas perras, malas como el natre, unas Medusas.

Con la mano izquierda tomé la máquina de afeitar desechable; con la otra, el espejo de Barbie. Primero saqué lo que está bajo el ombligo, el camino a la gloria. Fue fácil, un mero trámite. La máquina de afeitar se deslizó rápidamente. Entonces llegué al montón de pelos, un enredo de crespos que no dejaba entrar el viento ni las lenguas ni los lubricantes. Comencé a depilar desde arriba hacia abajo. Dolía un poco, pero me hice de fuerzas.

Luego llegó el momento en que debí soltar el espejo para poder quitarme los pelos de abajo, así que lo tomé con las plantas de los pies. Me aseguré de que quedara frente a mi vagina. Afiné la puntería y empecé a sacar la cabellera en seco, sin una gota de agua.

Para no ensuciar la colcha de la cama puse una toalla bajo mi trasero, para retener ahí los pelos y guardarlos de recuerdo, quizá fabricar aros artesanales con ellos. La toalla se llenó de pendejos. La toalla blanca que tiene el rostro de Jesús en el centro, donde aparece con ojos azules y el cabello largo y ondulado, como actor de Hollywood. Rico, machote. Aunque los científicos europeos digan que Cristo fue negro, yo me niego a eso. Lo prefiero como ya lo dije antes, alto, imponente y potente.

Mi vagina fue apareciendo poco a poco. Primero corté los pelos del lado izquierdo. Entonces vi mi piel blanda, blanca, burda, vieja. Repleta de sarpullidos, inflada. Tomé la foto de una garota depilada y con las piernas abiertas. A ella la vagina se le veía bonita, suave, con carácter. La mía estaba casi al borde de la deformidad. De todos modos seguí con el depilado artesanal, hacia abajo. Ahí es complejo porque se juntan los pelos de la vagina con los del trasero y el terreno se torna estrecho. La máquina no se puede pasar a lo ancho. Se puede pensar en un par

de bigotes, pero hay que saber dónde parar ya que puede ser un verdadero crimen. Llegué hasta abajo y más abajo por el lado izquierdo. Luego comencé a subir por el área derecha. Me dolían las piernas, la columna, la nuca y las muñecas. Estaba cansada pero había que terminar.

Todo por el pastor. Para comérmelo entero, para mostrarle que en la iglesia soy una dama, pero en la cama una puta. Él lo sabe, seguro lo sabe, todo hombre lo sabe.

Para ir terminando de una vez, pasé la máquina con la rapidez de los ríos de Chile. No lo digo por la contaminación, sino por el movimiento de la mano, rápido, dejando caer los pelos sobre la toalla de Cristo, ajustando la máquina con fuerza, cargándola sobre la carne hasta llegar a la altura de la guata.

Ya me temblaba la mano y estaba perdiendo el pulso. Vi que tenía sarpullidos por todos lados, enrojecimiento general, las carnes blancas y una grieta extensa. Me pareció fea, no se veía bien. Lucía como un montón de carne cruda de pavo. Dejé la foto de la garota y el espejo a un costado de la cama. Tomé uno a uno los pelos que estaban sobre la toalla y los guardé dentro de una taza de té. Eran muchos. Realicé ejercicios de elongación, cerré las piernas, moví la cabeza de un lado a otro y respiré profundo, pero no de alivio: lo hice para evitar la migraña que me da cuando hago mucho esfuerzo físico.

Dejé algunas manchas de sangre sobre la colcha. Cruzaron la textura de la toalla. Fui al baño a buscar una esponja de limpieza, le puse detergente y agua y limpié la tela. Me sentí como garota de algún barrio pobre de Brasil, de alguna favela. Celulítica, pero digna. Una mujer ordinaria de Río de Janeiro. Ahora sólo me faltaba jugar fútbol de arena. Pero aquí en la ciudad no hay playa, aquí

hay basura y delincuentes. Y viejas chismosas. Y católicas mala gente. Y evangélicas de dos chapas. Son todas maracas.

Soy franca. Me gusta el cine comercial extranjero —el cine chileno es una vergüenza patria—, aunque siento indiferencia por Angelina Jolie, me parece farsante y desnutrida. Tengo apatía por Drew Barrymore y Cameron Díaz, hijas de Charlie. A la oriental de la cinta no la recuerdo, pero es patética, sólo unas idiotas grabarían una película como ésa. Yo no soy así. No practico kung fu a nivel de olimpiada, ni corro en autos de última generación. Tampoco trabajo para un sujeto que no tiene rostro, que es sólo voz y da órdenes como si una fuera su concubina. “Hola, Charlie.” Además, la Drew Barrymore se ve gorda y pequeña en las escenas de pelea, aunque le pongan contrincantes de un metro cincuenta de altura. De la Cameron Díaz para qué decir más, tiene el rostro cubierto de acné y le falta culo, lo dejó en el asiento de un restorán en Viena.

Menos respeto siento por Silo y su séquito de marihuaneros amantes de la sicodelia. Se juntan en la cordillera de los Andes para hablar tonteras. Para tomar mate y esperar la llegada de los espíritus inmaculados del cosmos. Silo es peor que un cura con arma blanca en la mano. Menos tengo admiración por Berlusconi, que actúa como si fuera Nerón. Es un puto, mete en su casa a niñas menores de edad para tener sexo. Es peor que la Cicciolina. Al menos ella dice la verdad sin pelos en la lengua, sin pelos en los muslos. Mal ojo de los italianos que lo

pusieron ahí. Sólo le falta ocupar el Coliseo y ver cómo “La Roca” corta la cabeza a George Clooney por un millón de dólares, en una escena para HBO. Y no tengo ningún aprecio por Maradona, porque es un adicto supremo. Nunca le tuve admiración por su tremenda soberbia. A estas alturas, lo único que hace es escupir. Se siente un Cristo, pero está en decadencia absoluta. Con los argentinos no hay caso, hacen cada disparate... Tienen una Iglesia Maradoniana, se casan ahí, bautizan ahí. Construyeron un templo para un futbolista. Yo amo el fútbol, sé bastante de fútbol a pesar de ser mujer. Un jugador de fútbol no merece una iglesia. Los que la dirigen deben ser unos tarados. Nadie merece que le levanten un templo a menos que tenga alas, como los ángeles.

Como sea, con la forma que tengo de ver la vida estoy en paz. Lamento lo de mi hermana, pero ella se lo busca; no puedo sacarla de la iglesia si no se lo propone. A ella le encanta estar sentada en los bancos del salón del templo, mirar los vitrales que brillan en la parte de arriba, donde están escritas las iniciales de los profetas. Bajo los vitrales, los evangélicos son violentos y prepotentes, sobre todo los pastores. Cuando caen en trance se van al piso pataleando, golpeando las baldosas con el cráneo. Luego del numerito en el templo, se van a sus casas manejando camionetas 4 x 4. Corren por las calles como si estuvieran en Indianápolis. Con una de esas camionetas se pueden construir diez viviendas para la gente pobre. Los pastores, y los curas, y las monjas, creen tener el universo entre las manos. Es un asunto de poder. El poder mueve montañas. Por ejemplo, mi hermana: ella quiere una casa en la playa, quiere ser una mesías, bautizar gente millonaria, ser Juanita la Bautista.

Mi hermana canuta necesita que le ayude a entender muchas cosas. Haré que lea algo de literatura entretenida. Le voy a regalar la saga de *Crepúsculo* y *El código Da Vinci*. Son libros precisos para leerlos bajo la sombra de la higuera, sobre todo la saga de *Crepúsculo*. Puede parecer una trama ridícula para aquellos que leen a Nietzsche, el que se las daba de filósofo y no era más que un esquizofrénico, pero es un deleite para la gente como yo. Se venden camionadas de libros de *Crepúsculo* en todo el mundo, nada que ver con los escritores chilenos, que son aburridos y garabateros. A pura chuchada creen que van a lograr el éxito. Por ejemplo, el Lemebel: es un homosexual que sólo habla de lo que los gays hacen o dejan de hacer, como si fuera un asunto realmente importante. Le falta creatividad a Pedrito, a mí no me importa su vida de maricón, pero que escriba cosas que valgan la pena, que no valgan el pene. Además él se viste como niña, como dama, parece una caricatura. Y es de izquierda, políticamente de izquierda. Si Marx supiera, se cortarían la cabeza o el miembro.

Mi hermana necesita aprender cosas, para que se relaje. Ella cree en Jesús, pero este último tiempo está rara, anda diciendo frases inconexas. Habla y habla del pastor de la iglesia hasta el cansancio, mientras maldice a mi cuñado, su marido, y eso me apena. A él le tengo cariño. Es intelec-



tualmente limitado, pero le tengo afecto, el afecto que mi hermana le niega.

Le diré que lea *Crepúsculo*. Se va a divertir. Tendré que explicarle que lo de vampiros no tiene nada de satánico, que es ficción, pura fantasía. Si le gusta me lo dirá y, si eso ocurre, le presto *Eclipse* para que siga la saga. Le voy a decir que leer esos libros es *cool*, que la gente te mira si los lees en el bus, que te da estatus frente al montón de chilenos ignorantes. No es lo mismo leer *Eclipse* que leer a Lemebel. No. Leer *Eclipse* en el bus es igual que leer a Isabel Allende en el metro. Si lees a Isabel Allende en el metro eres educada e intelectual. A ella la respeto, me alegra que le hayan dado el Premio Nacional de Literatura. Muchos reclamaron, pero por envidia, porque ella es un fenómeno. Por algo tiene sus libros traducidos a cuanto idioma existe. Además es simpática como yo, ella también finge ser intelectualmente arrolladora. En el fondo es súper ordinaria, como yo, pero sabe aparentar y eso lo valoro.

Yo quiero ser como ella, como la Isabel Allende, parecer inteligente, parecer artista, parecer feliz y preocupada de los problemas de la gente en el mundo, dar entrevistas en A&E. Pero ella gana mucha plata, yo no. Ella vive en Estados Unidos, yo vegeto en una ciudad desconocida. Ella se relaciona con los actores de Hollywood, yo me codeo con un par de amigos agnósticos que tocan guitarra y cantan a Sui Generis. Ella tiene una mansión, yo tengo una casita que el estado chileno me dio, una palomera de barrio peligroso. Ella tiene bidet en el baño, yo

gozo de agua fría y un wáter que compré en la feria de artículos usados. Ella cena en restaurantes de New York, yo trago lo que tengo. Así cualquiera escribe buenos libros. Al menos soy lesbiana y atea. Ella escribe bien, pero ahora que lo pienso, es una mentirosa, una comunista mentirosa que vive como gringa y no sabe nada del hambre de Chile.

Ojalá Lemebel nunca se gane el Premio Nacional, tampoco Lafourcade, ni Skármeta, ni el minero Rivera Letelier, ni Pía Barros, ni Collyer. Menos el cuico poseero de Fuguet, tampoco Gonzalo Contreras, ni los imitadores de Bolaño. Por ningún motivo Germán Marín o el pendejo de Bisama. Nunca Zambra. Jamás Yuri Pérez, porque entró al mundo de los novelistas chilenos por plata, se puso aburrido y gordo, más soberbio que Lemebel, más pelado que Skármeta. Ahora le tienen odio por vendido. Dicen que rodó por una escalera automática como si fuera un saco de papas. Tuvo fractura de cráneo y estuvo en neurocirugía un par de semanas, a punto de perder los sesos. Perdió el sentido del olfato y sufre de vértigo, tiene convulsiones y habla en una lengua desconocida similar al francés. Ojalá tenga otro accidente y se fracture la espina dorsal. Debe tener pacto con mi hermana, la canuta, de otro modo no me explico cómo miró a la muerte sin que ésta se lo llevara de las mechas, cómo escapó del hocico de la perra. Yuri Pérez es el peor de todo el cuchitril. 📍



Yuri Pérez (San Bernardo, 1966). Ha publicado los libros de poesía *Cara et fuego* (Instituto Nacional de la Juventud, 1994), *Cartas del interno* (Municipalidad de El Bosque, 1995), *Gringa: el canto de los llanos de Lepe* (Creación Ediciones, 1997), *Mala yerba* (Libros del Llano, 1998), *Cumbia* (Editorial La Cáfila, 2003), *Ceremonia del Cristo blanco* (Fahrenheit Producciones, 2004) y *Ghetto* (Editorial La Cáfila, 2006). Por su obra ha recibido el Premio Municipal de Literatura de San Bernardo en 1997 y 2001. Es autor de las novelas *Suite* (Editorial Puerto Alegre, 2009), *Niño feo* (Narrativa Punto Aparte, 2010, Premio Nacional de la Crítica 2010) y *Mentirosa* (Narrativa Punto Aparte, 2012). Es cofundador y director de la Academia de Letras de San Bernardo. Sus textos han sido traducidos al inglés, al catalán y al holandés.



MARCO MALT.
AGUA: PROVIENE
DE ESPAÑAS

Un retrato lineal

Maori Pérez

Cuento inédito

1.

—¡Leo!
 Se apura.
 —¡Leonardo Masón!
 —¿Quién pregunta?
 —Felipe, de la Sicarías.
 —¿Lo mismo?
 —Sí.

El hombre enjuto que es Felipe Gamboa extiende el cuchillo. Detrás de la portezuela, en la sala donde queda la cocinilla, junto al tarro de las galletas, la variedad de lápices que Masón irá extrayendo, ida y vuelta, ida y vuelta, del comedor a la sala, hasta terminar el dibujo sobre el mango del cuchillo.

El primer punto es de un determinado color; el segundo punto, de un color distinto, mas, todavía un punto, le sigue, formando una línea. Leo afirma:

—Esto es el sol.

Felipe Gamboa, de animalesca y tierna mirada, inquiere, con el sigilo de los psicópatas, que cómo. Responde:

—No tiene color, se presenta como un color. Si está en una línea, va ocupando la misma posición, victoria por victoria. Y es el rostro de la persona que matarás.

2.

“El sol” se llama Santiago. No conozco el apellido pero sí su paradero. Puedo asociar la preferencia de que sus amigos le digan Santi a que, justo antes de abandonar el edificio, suba al segundo piso (donde hay un bar), luego al tercero (donde han instalado recientemente un salón de pool), a continuación descienda al sótano (para despedirse de la bibliotecaria), y sólo una vez realizado este ritual se largue de casa: superstición. Entre el saludo que le extiende en la esquina y la estocada que delinee en su estómago, provoca, sin aviso de mis intenciones, el siguiente diálogo:

—Usted está planteando un cometido imposible.

—¿De qué habla?

—Verá, me sucede comúnmente que al pensar en la tarea que debo realizar cada día, una tarea completamente simple, como llenar la taza con café o pagar las cuentas, algo falla, un detalle, también, mínimo, y finalmente no sucede. Y sin embargo, sé que todas las probabilidades están con la realización de ese pequeño objetivo. Lo que usted pretende, por otro lado, eso que ahora se figura tan sencillo, a mí me parece que no lo puede realizar.

—¡Obsérveme!

Por supuesto, le he enterrado el filo hasta el fondo, y, sin ningún atisbo de duda, gemidos y tiritones han precedido a su muerte. Luego, he pensado que tal vez la herida estuviera en el pecho y no en el estómago. Finalmente me he desmayado.

3.

El hospital queda al lado del cementerio. Si bien los tres hombres procuran un viaje repleto de amabilidades (una taza de café, un plato de sopa de tomate caliente), las vendas en mi rostro seguirán ahí, han dicho, hasta que decidamos regresar. Mientras miramos la tele en la limusina, uno de ellos objeta: “Experimento la incomodidad del efectismo.”

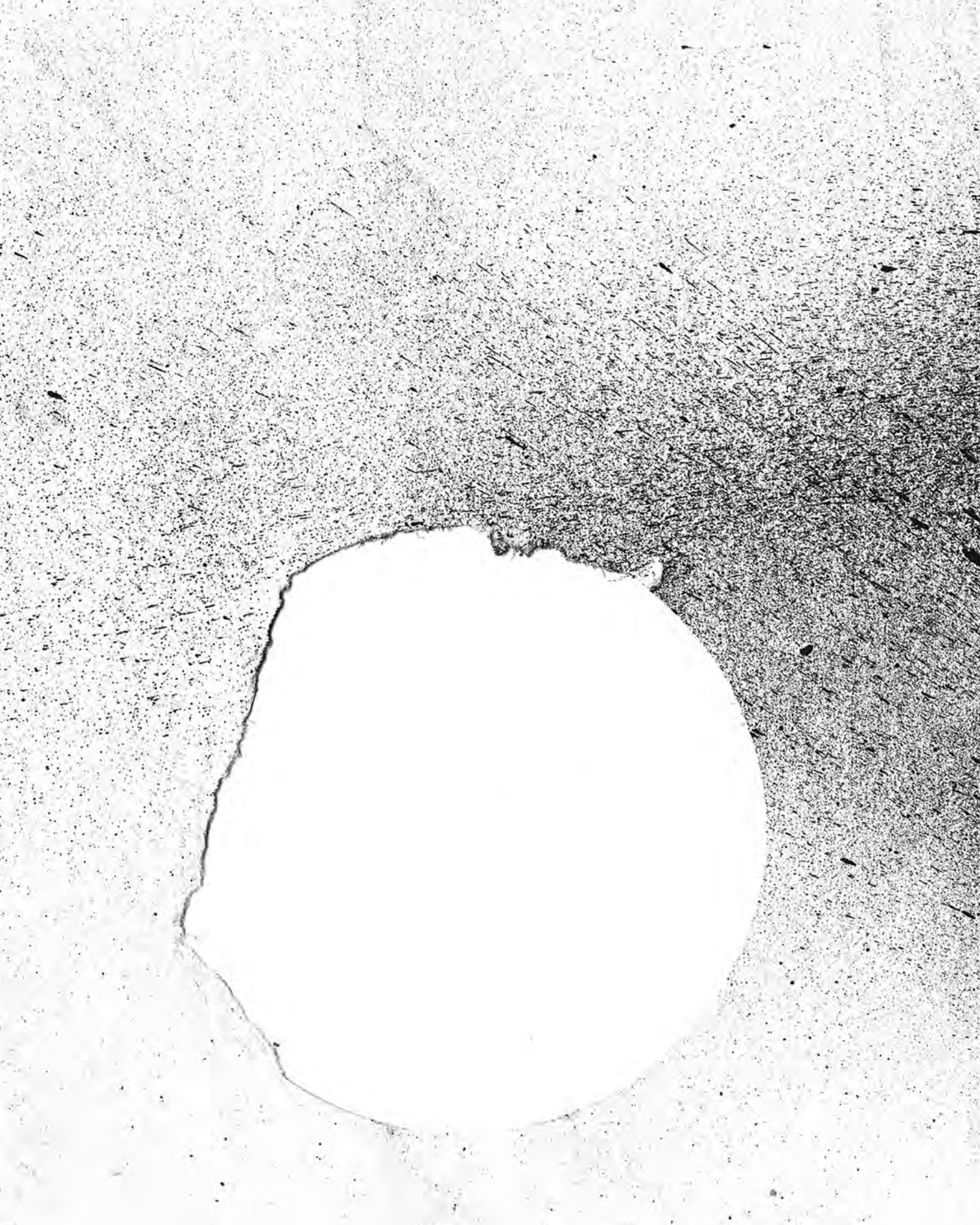
Mi tumba es de un cemento poroso y sólido como una página en blanco en un poemario artesanal. He llorado hasta caerme frente a mi epitafio. Después de la hora o la hora y media, el tercero de los hombres se me acerca, me da unas palmadas en la espalda y sugiere que ya es el momento.

—Traigan un espejo. ●



Maori Pérez (Santiago, 1986). Escritor, músico, dibujante. Ha publicado *Cerdo en una jaula con antibióticos* (2003), *Mutación y registro* (Frasis, 2007), *Diagonales* (Cuarto Propio, 2009), *Lanzamiento* (Cizarra Cartonera, 2010), *Cronoguerrillas* (La Faunita, 2011), *Lados C* (Libros del Perro Negro, 2012), y aparecido en las antologías *Hemiparesias* (Visceralia, 2006) y *Voces -30. Nueva narrativa chilena* (E-Books Patagonia, 2011).







El peor de todo el cuchitril

Ana Negri



Yuri Pérez

Mentirosa

Narrativa Punto Aparte, Valparaíso, 2012

“Sin más, se puso a decir garabatos. Gritaba como poseída por Belcebú, pensé que le iban a salir cachos y cola, que me comería viva. Tuve que darle una bofetada para que entrara en sí, pero le di en el colmillo y me rompí la palma de la mano.” La experiencia abrupta que describe este fragmento de la primera página de *Mentirosa* resulta muy parecida a la que genera el primer acercamiento a la lectura del libro. El lector, atrapado de pronto por la vorágine de un discurso atropellado que preferiría rechazar de una bofetada, queda atravesado por la estrafalaria violencia que el mismo flujo del lenguaje genera. La farándula de la televisión y del cine comercial extranjero de los últimos años, juicios categóricos que enemistan opiniones y anhelos prefabricados en las agencias de publicidad y en los programas matinales son algunos de los elementos que irrumpen constantemente en la narración que articula unos con otros a partir de formas del habla popular chilena —habla, en sí, sumamente vertiginosa—. La voz que narra esta primera parte es la de una joven atea que nos refiere su propio mundo a través de la constante crítica a la vida de su hermana menor.

El otro discurso que aparece en *Mentirosa*, y que alterna con el anterior, es el de la hermana pequeña. Mediante él se revela una realidad tanto o más terrible que la anterior. Si bien en un principio no se percibe la urgencia del discurso previo, las formas y acciones irán tornándose progresivamente más escabrosas. El recorrido avanza desde una aparente ingenuidad apoyada en la fe religiosa hasta las cumbres más afiladas de una perversión desquiciada y delirante cuya fuerza radica no ya en la religión, sino en la Iglesia. “Finalmente se trata de poder. El poder mueve montañas.”

El rechazo inicial que genera el texto proviene de la zona indefinida entre parodia y mimesis en que éste se sitúa. El ríspido humor que acompaña ambos discursos genera simultáneamente risa y terror, de tal suerte que la reacción inmediata es la toma de distancia. Sin embargo, una vez asumida la provocación y aceptado el reto se puede identificar, tanto en la risa como en el terror, un carácter altamente productivo y estimulante. La risa revela cómo las voces se adueñan de aquello que en un principio fue imposición en pro de formas precarias y en ocasiones ridículas, pero que conforman un mecanismo

de supervivencia. Conviven así rasgos tradicionales, anecdóticos y actuales en un espacio y tiempo semejantes, sin existir entre ellos ninguna condición jerárquica. De esta forma, se actualiza una sociedad al tiempo que se trata desesperadamente —de ahí la velocidad, de ahí lo abrupto— de salvarla de un largo periodo de silencio.

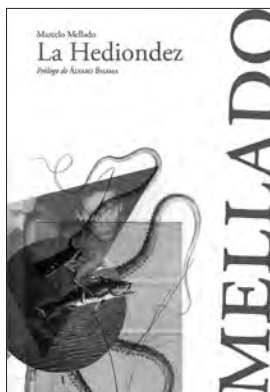
Pero el silencio ni se ausenta ni se ahuyenta. Tan presente está que es justamente mediante él que el terror comienza a aflorar. Éste, por su parte, es la base de la crítica social que se configura en relación con la violencia que ejerce el Estado chileno: la forma en que acota la vida de ambas hermanas a partir de varias herramientas de control —los medios de comunicación masivos, los dogmas religiosos y la carencia económica, principalmente—, y da cuenta del profundo alcance de un sistema que desarticula a los individuos desde dentro y hasta el lenguaje, plagado de silencios. De ahí quizá el título del libro: cuando el lenguaje no es sino una fachada de lo que se encuentra en el interior, cuando omite ese interior (por más que en el interior no hubiera nada), aun cuando se tratase de una forma de sobrevivencia, podría decirse que el lenguaje miente. Así, ya sea por ocultar un trasfondo nefasto o como forma de resistencia, en Chile todos mienten y se travisten: los evangelistas, los políticos, los actores y escritores —aunque hay entre ellos unos menos despreciables por dejar a la vista la mentira—, ni hablar de los poetas, menos de las hermanas de *Mentirosa*. . . pero incluso entre ellos, “Yuri Pérez es el peor de todo el cuchitril”. 📍



Ana Negri (Ciudad de México, 1983). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM, donde actualmente realiza cursos de posgrado. Fue becaria de El Colegio de México y desde 2008 colabora en la edición del *Epistolario* de Alberto Jiménez Fraud a cargo de la Residencia de Estudiantes de Madrid, El Colegio de México y la UNAM.

Sabiduría odorífera

Eugenio Santangelo



Marcelo Mellado
La hediondez
 Alquimia, Santiago de Chile, 2011

Hay lecturas liberadoras que suceden, en primera instancia, de manera visceral. Y luego: catastróficamente. *La hediondez* de Marcelo Mellado produce de esos efectos, incontrolados e incorregibles: una liberación y una destrucción, y/o viceversa. Su novela nos sabotea, plantea y abre una crisis, una grieta enorme en el sistema-mundo de lo literario, con sus negociuchos y transacciones de discursos huecos y afanes parasitarios de poder. El sistemita literario, el campito cultural, se vuelve el espacio-límite desde donde husmear la putrefacción que invade todo lo social.

Mellado escribe sobre y *desde* la provincia chilena, la tematiza, la llena de sus personajes, sobre todo deja que hablen los miles de lenguajes de la politiquería y del culturalismo cotidianos y que ellos, tan sólo ejerciéndose y encimándose, invadan —y construyan al invadir— el muy poco entero mundo ficcional: su realidad. Es un territorio poblado de funcionarios, subfuncionarios y operadores culturales; poetas esbirros y masones, performanceros acarreados y acaparadores de eventos; oficialismo y surfismo cultural, aparataje institucional y colectivos de autonomías desesperadas; oposiciones menores y violencias imbéciles: todo improbable y más que real. Porque la provincia de *La hediondez* no representa ningún atraso fronterizo: es el margen, el litoral que absorbe y lleva al extremo lo inmundo que pretende ocultarse —y lo hace muy mal— tras las pantallas neoliberales de la modernización forzada: es la imagen furente de un submundo que nos habita y que constantemente reproducimos. Así que por la grieta que abre Mellado nos caemos todos y nos precipitamos nada impunemente hasta el fondo de la biblioteca municipal de San Antonio, Chile. Aquí se inicia la narración paroxística de la novela, mezclando una trama policial con sus desbordes picarescos: la pestilente decadencia de la biblioteca, carcomida por las ratas e infestada por el contiguo Centro de Recuperación de Animales Exóticos, es el “eje catapultador de proyectos políticos” de renovación o restauración monopolística. Dos bandos contendrán por el territorio narrativo y político-bibliotecario: el capitaneado por el Poetiso Caldera, hegémone (neo)fascista postdictatorial, y el gremio de poetas autonomistas

guiados por Prudencio Aguilar, veterano de la resistencia al “gobiernismo democratoide”. Todo empieza y acaba en farsa terrible, con un tanto de espionaje, secuestros y tentativas de homicidio y una capacidad hilarante de entretejer intrigas a través de una voz narrativa ventrilocua.

El proyecto de Marcelo Mellado pertenece, con plenos derechos, y conquistados en el campo de batalla, a esa literatura “feroz” que imaginaba Flaubert cuando se propuso no terminar nunca *Bouvard y Pécuchet*, así como su diccionario de la idiotez proliferante. Un Flaubert enjuagado, sin embargo, en el realismo grotesco de la más pura tradición carnalesca —es decir, que la escritura de Mellado chapotea en lo más impuro y desenmascara la pretensión de que exista algo como lo puro—. Y así no encontraremos, nunca, ningún *mot juste*, sino un caos aparente de palabras injustas y su desemboque, su desajuste delirante (el delirio como efecto trastocado de la idiotez). En *La hediondez* todo es injusto, el estilismo estalla y destruye toda ética de la Forma —para desdibujar la risa, ésta sí: ética—. Política. Un ejercicio ético-político de la risa —visceral— que hace estallar la forma literaria, la sabotea “sapiientemente” —hay sabiduría en la auténtica escritura cómica: al leer a Mellado, uno lo piensa: este autor no es un intelectual (no *sólo*, al menos, porque también demuestra serlo), es un *sabio*—. La sabiduría, tradicionalmente, es un saber y una capacidad práctica: es saber hacer las cosas para bien. Y lo que Mellado sabe hacer, como muy pocos en la literatura contemporánea, su gran sabiduría, es manosear todo lo malo, todo lo podrido, pero principalmente hacerlo parlotear con sus propios tentáculos vacíos y peligrosos, con sus fórmulas aptas para Todo, totalitarias e impersonales, y luego: hacerlo incluyéndonos, atacándonos, pero también incluyéndose, manchándose. De allí la dispersión liberatoria de su lectura, y luego su lado catastrófico, pues más allá de la risa nos espera el espanto. Los personajes hablan el habla de nadie del lugar común, la novela hace explotar los formularios sociales y grupales que demasiadas veces nos dominan y son recubiertos —vacíos y como independizados— por nuestras prácticas sociales y sus deformaciones. Así que el espanto es, en parte, por identificación: nadie está a salvo de la idiotez, sus lenguajes heterogéneos proliferan y, catastróficamente, nosotros nos volvemos nuestra jerga exclusiva y excluyente: hasta la violencia de lo cotidiano, la mezquindad parasitaria del campo cultural, la repartición de espacitos de influencia, la dependencia de los “poderes fácticos”, como los llama repetidamente Mellado.

En una carta, Flaubert le contaba a Louis Bouilhet de su obsesión por escuchar charlas cotidianas. Refiriéndose a dos cazadores que se encuentra durante un paseo en bote escribe: “¡Me ponían enfermo! Volvía continuamente a acercármeles, presa de ese instinto depravado que a veces nos hace meter la nariz bajo las sábanas para olfatear el olor de un pedo.” Allí está la hediondez, pero con cuidado: lo que Mellado y Flaubert nos dicen es que tampoco el escritor está exento de la *bêtise* del lugar común: todos producimos pedos, y todos los olfateamos. Los cuerpos del realismo grotesco, sus excrecencias textuales, son fagocitadores: Bouvard y Pécuchet *c’est nous*. Es así como nos libera catastróficamente la novela de Mellado: quien cree poder reír a la distancia, no se acerque a esta novela. Antes de sentirnos a salvo de los Poetisos Calderas, antes de simpatizar y distanciarnos de los Prudencios Aguilares, hay que comprometerse en la radicalidad de la crítica a nuestros lenguajes y nuestros hábitos sociales. La sabiduría ético-política de Mellado es la praxis de una crítica cómica permanente a la banalidad del mal que nos acecha y constituye. No por nada, Borges escribió una vez que el último Flaubert mira ya hacia las parábolas de Kafka. Y cuando luego leo la última columna de Mellado en la revista *The Clinic*, titulada “Bouvard y Pécuchet en San Antonio”, me doy cuenta de que no sólo el autor me adelantó en lo último que escribí sino, sobre todo, que los muchos Calderas que he imaginado y *reconocido* aquí a mi lado, en México D.F., o allá en Italia, también podrían leer la novela de Mellado, y quizás, con el mismo cinismo imbécil de los “originales” de San Antonio, modelos “reales” de la novela, reforzar reactivamente sus papeles sociales: así como según Goya el sueño de la razón produce monstruos, las construcciones de la ficción producen criminales. Por suerte o por desgracia, *La hediondez* salió por Alquimia, una editorial chilena independiente, y es más que seguro que por un tiempo no se distribuirá fuera de su país. Sin embargo, está en todos lados, diferente y reiterada. No hay límite al desborde grotesco: *La hediondez* es un informe documental, nuestra llamada “realidad” es una gran novela cómica. 📍



Eugenio Santangelo (Napoli, 1983). Estudió la licenciatura y la maestría en la Universidad de Bologna. Actualmente es doctorando en Letras Latinoamericanas y profesor de asignatura en la UNAM. Es editor de narrativa de Libros Mala letra.





1 Podrán participar todos los estudiantes de bachillerato, licenciatura y posgrado de México.

2 Los trabajos deberán ser inéditos. En el caso de textos, deberá entregarse original y dos copias, escritos en computadora o máquina de escribir, a doble espacio, en cualquier tipografía a 12 pts. En el caso de obra gráfica y fotografía, sólo se entregará el material original. Todos los trabajos deberán ser firmados con seudónimo y entregados en un sobre que presente en el exterior el título del trabajo, la categoría en que concursa y el seudónimo del autor, y que contenga además un sobre de menor tamaño, cerrado, con los datos siguientes:

Nombre completo del autor * Seudónimo * Rubro en el que concursa * Título del trabajo * Escuela * Número de cuenta o matrícula * Copia de credencial u otro documento que lo acredite como estudiante * Domicilio particular (calle, número, colonia, delegación o municipio y código postal) * Teléfono * Dirección de correo electrónico.

3 El tema de los trabajos es libre y su extensión deberá ser la siguiente:

* **Crónica:** de cinco a quince cuartillas * **Cuento:** de cinco a quince cuartillas * **Cuento breve:** dos cuartillas como máximo * **Ensayo de creación** (no artículo académico): de cinco a quince cuartillas * **Fotografía:** una serie temática de cinco a diez originales tamaño 8 x 10 en blanco y negro * **Gráfica:** una serie temática de cinco a diez originales en formato 1/2 carta, a una tinta, en cualquiera de las siguientes disciplinas: estampa, dibujo o gráfica digital * **Poesía:** de diez a quince cuartillas * **Traducción literaria** (francés / español o inglés / español): de cinco a diez cuartillas. Deberá anexarse copia del texto publicado en la lengua original.

4 Se podrá participar en una o varias categorías. Podrá inscribirse sólo un trabajo por categoría.

5 Ningún trabajo será devuelto, a excepción de los originales en fotografía y gráfica.

6 La fecha límite de entrega es el viernes **1° de marzo de 2013**, de 9:00 a 15:00 y de 16:00 a 18:00 horas. Si los trabajos son enviados por correo, se tomará en cuenta la fecha del matasellos. No se recibirán trabajos durante el periodo vacacional de la UNAM (del lunes 17 de diciembre de 2012 al viernes 4 de enero de 2013).

7 Se otorgarán dos premios (primer y segundo lugar) en cada categoría. El primer lugar recibirá \$ 7,000.00 (SIETE MIL PESOS M.N.); el segundo lugar recibirá \$ 5,000.00 (CINCO MIL PESOS M.N.). Ambos premios incluyen la publicación del trabajo ganador en la revista *Punto de partida*, un reconocimiento y un lote de libros editados por la Dirección de Literatura de la UNAM.

8 El jurado podrá otorgar las menciones que considere pertinentes en cada categoría. Éstas recibirán un reconocimiento y un lote de libros publicados por la Dirección de Literatura de la UNAM.

9 El jurado estará compuesto por personas de trayectoria reconocida.

10 El fallo del jurado será inapelable y se dará a conocer directamente a los ganadores y en medios de comunicación.

11 Los casos no previstos en esta convocatoria serán resueltos por la Dirección de Literatura de la UNAM.

Entrega de trabajos de lunes a viernes en **Revista Punto de partida** / Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural UNAM, Zona administrativa exterior, edificio C, primer piso (frente al Museo de las Ciencias Universum), Insurgentes Sur 3000, Coyoacán, Ciudad Universitaria, 04510 México, Distrito Federal.

Informes en el teléfono: 5622-62-01 o en puntoenlinea@gmail.com
www.literatura.unam.mx
www.puntodepartida.unam.mx



CUADERNOS DEL MIRADOR



NOVEDADES

JULIA ERAZO (Ecuador)
 ALFREDO FRESSIA (Uruguay)
 OMAR LARA (Chile)
 BLANCA LUZ PULIDO (México)
 JACOBO RAUSKIN (Paraguay) |

PRÓXIMAMENTE MARGARET RANDALL (Estados Unidos) *Como si la silla vacía • As if the empty chair* |
 RAFAEL COURTOISIE (Uruguay) *Santa Poesía* | RODOLFO HÄSLER (Cuba-España) *Cabeza de ébano*

AZOR



NOVEDADES
 ARMANDO ROMERO (Colombia)
 XAVIER OQUENDO (Ecuador)

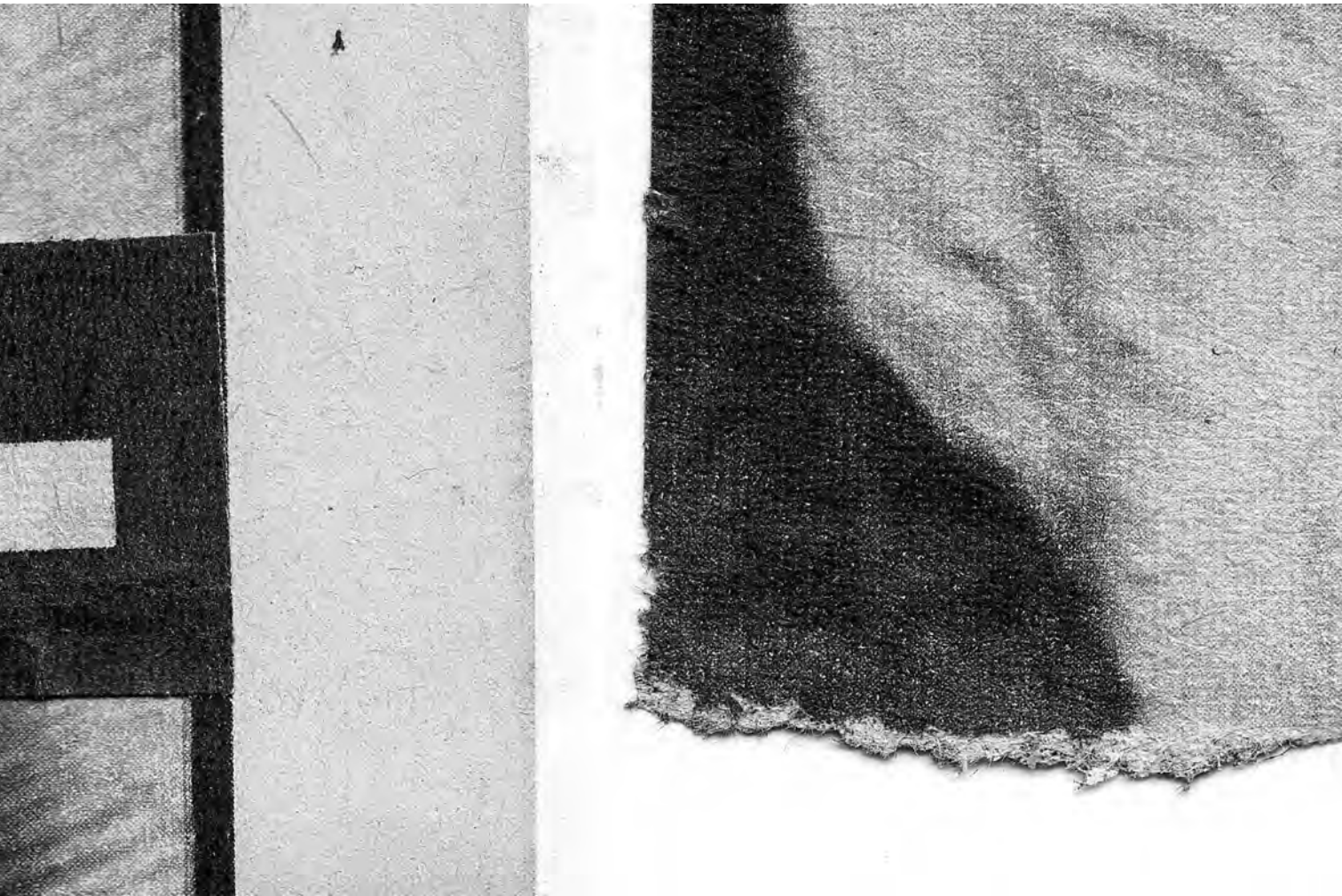


PRÓXIMAMENTE DINU FLĂMAND (Rumania) *El frío intermediario • Frigul intermediar* | JORGE ARIEL MADRAZO (Argentina) *Algunas escenas del mundo* |
 VASILIS VASILIKÓS (Grecia) *Poemas*

ENSAYO **PRÓXIMAMENTE** DANIEL GONZÁLEZ DUEÑAS (México) *Alteroscopio. Cuaderno de lectura sobre metáfora y visión* | NEBOJŠA VASOVIĆ (Serbia-Canadá) *Contra Kundera* | RICARDO VINÓS (México) *Realidad Fotografía Deseo y otros escritos* |

ARTE **PRÓXIMAMENTE** ROGELIO CUÉLLAR (México) *El rostro de las letras • El rostro de la plástica* |
FOTOGRAFÍA RICARDO VINÓS (México) *Canciones para la sombra desnuda*





Universidad Nacional Autónoma de México
